

2 ej  
46



# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Los Estados Unidos (1865-1895):  
Formación de una sociedad industrial.

## Tesis Profesional

Que para obtener el título de  
Licenciado en Sociología

p r e s e n t a

**SILVIA NUÑEZ GARCIA**

México, D. F.

1986



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

IV  
I N D I C E

	PP
INTRODUCCION.	1
1. <u>LA REVOLUCION INDUSTRIAL, LOS MONOPOLIOS Y LOS TRABAJADORES.</u>	6
1.1. La industrialización como imperativo para el desarrollo nacional.	7
1.1.1. Importancia del crecimiento económico e industrial de la posguerra.	7
1.1.2. Revolución en el transporte y la tecnología.	10
1.1.3. El sistema de fábrica.	14
1.1.4. La "ilusoria" industrialización <u>su</u> reña.	16
1.2. Hacia la consolidación del capital.	19
1.2.1. Surgimiento y consolidación de los monopolios.	19
1.2.2. El Noreste y los grandes monopolios.	24
1.2.3. La alianza entre gobierno y <u>empresas</u> .	29
1.2.4. La Ley Sherman Antitrust.	31
1.2.5. La Tarifa McKinley.	33
1.2.6. Las crisis económicas de 1873 y 1893.	35
1.3. El nuevo ámbito del trabajo.	39
1.3.1. Los integrantes de la fuerza de <u>trabajo</u> .	44
1.3.2. Formación de organizaciones obreras.	50
1.3.2.1. La Unión Nacional del Trabajo (NLU).	51
1.3.2.2. La Orden de los Caballeros del Trabajo (K of L).	53
1.3.2.3. La Federación Americana del Trabajo (AFL).	56
1.3.3. Descontento obrero y represión.	58
1.3.3.1. Los "Molly Maguires".	60
1.3.3.2. Huelga ferroviarias.	60

	PP
1.3.3.3. Motín de Haymarket Square.	62
1.3.3.4. Huelga de Homestead.	65
1.3.3.5. Huelga Pullman.	66
1.3.3.6. El Ejército de Coxey.	69
<b>2. <u>LA NUEVA SOCIEDAD URBANA Y SUS PROBLEMAS.</u></b>	<b>71</b>
2.1. Los inmigrantes.	72
2.2. El crecimiento urbano y sus manifestaciones.	76
2.2.1. La maquinaria política urbana.	80
2.2.2. El reformismo social.	82
2.2.3. Pobreza vs. opulencia; El Darwinismo Social.	85
2.3. La familia, el modo de vida y los niveles de bienestar.	90
2.4. Cultura.	95
2.4.1. Educación.	97
2.4.2. Prensa.	99
2.4.3. Religión.	100
2.4.4. Recreación.	102
CONCLUSIONES.	106
APENDICE.	120
BIBLIOGRAFIA.	127

## I N T R O D U C C I O N

Daniel Cosío Villegas escribió en 1968: "Si ha habido y hay algún país en el mundo que tuvo, tiene y tendría necesidad de estudiar y entender a los Estados Unidos, ese país es México".(1)

A partir de ese certero juicio, el presente trabajo incursiona en el estudio de los elementos centrales que contribuyeron a la formación de una sociedad industrial en los Estados Unidos durante los años de 1865 a 1895, con el propósito de favorecer la comprensión de la misma. Sin ignorar que en México se han realizado investigaciones sobre temas específicos acerca de dicha nación, parece válido elaborar una tesis que para lograr su objetivo fije la atención en la historia social de una era que despunta como eje central de su desarrollo capitalista.

Los actores sociales que aparecen en el texto, son miembros activos de una sociedad heterogénea y contradictoria. Se pretende esclarecer sus vínculos con factores como la inmigración, el desarrollo tecnológico, la aparición de los conglomerados urbanos y el surgimiento de los grandes monopolios, con el fin de que pueda establecerse su relación con el momento presente, heredero directo de las fuerzas económicas, políticas y sociales que se consolidaron en las últimas décadas del siglo pasado.

(1) Daniel Cosío Villegas, "De la necesidad de estudiar a Estados Unidos", en Anglia. Anuario/Estudios angloamericanos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, vol. 1, p. 9-17, p. 10.

El estudio de esta etapa de la historia social de los Estados Unidos repercute así en el entendimiento y análisis sustancial de su papel en la historia universal, como también en la determinación de las diferencias entre éstos y nuestro país. (2)

Por otra parte y tomando en consideración que la historiografía revisionista norteamericana reúne las características adecuadas para elaborar una aproximación crítica al estudio de la historia de este país, se utilizan sus categorías. Dicha corriente cuestiona la tesis del consenso propuesta por la historia tradicional, distinguiéndose por la utilización de métodos cuantitativo-explicativos para respaldar la validez de sus argumentaciones. Además, el énfasis del revisionismo por rescatar a los protagonistas anónimos de la historia —los obreros, las mujeres, las minorías étnicas, etc.— muestra su vínculo con el materialismo histórico. De esta forma, el trabajo que aquí se introduce aspira ser congruente con los postulados centrales de una historia "vista desde abajo". (3)

Aquello que justifica la dosis de eclecticismo en el texto es la aceptación e integración, por parte del propio revisionismo, de conceptos teórico-metodológicos de otras corrientes (ej. la progresista) capaces de contribuir a un análisis objetivo. De ahí pues que

(2) Ma. Cristina Montaña, "La comprensión de la historia de los Estados Unidos como un elemento esencial para la liberación nacional", en Eztapalapa. Revista de ciencias sociales y humanidades, México, 1981, Año 2, núm. 4, p 222-242.

(3) Jesse Lemisch, "The American Revolution Seen from the Bottom Up", en Barton J. Bernstein, ed., Towards a New Past. Dissenting Essays in American History, New York, Pantheon Books, 1968, en Silvia Núñez et al., "Hacia una reinterpretación de la historia norteamericana: 126 títulos en bibliotecas mexicanas", en Secuencia. Revista americana de ciencias sociales, México, 1985, núm. 2, p. 104-170, p. 109.

para hablar de la "formación de una sociedad industrial", este trabajo toma en cuenta la proposición de Raymond Aron que considera cuatro rasgos determinantes<sup>(4)</sup>: actividad productora fuera del marco familiar, concentración de la mano de obra, acumulación del capital y orientación hacia el crecimiento y existencia de un cálculo económico racional.

Los últimos treinta años del siglo pasado revistieron singular importancia por las transformaciones ocurridas en el seno de la sociedad norteamericana, así como en su sistema económico; fue durante estos años que el país entró de lleno a la modernidad y la sociedad se hizo más compleja y contrastante. El tema predominante en la vida de los Estados Unidos consistió en una expansión industrial audaz e inflexible. Esta era se caracterizó por la rápida explotación de los vastos recursos materiales y humanos del país, y por la febril acumulación de inmensas fortunas.

Con base en todos estos elementos se elaboró el capitulado del trabajo. El primer capítulo hace alusión a la necesidad e importancia de la adopción de un modelo de desarrollo industrial, con el propósito de asegurar la continuidad y consolidación de la estructura económica. Se tratan las condiciones materiales que favorecieron dicho patrón en una región geográfica dada —el Noreste— y su disparidad con el devastado Sur a causa de la contienda civil. La aparición de los monopolios, el apoyo del gobierno a los capitalistas aunado a la expedición de dos normas legales —la Ley Sherman Antitrust y la Tarifa McKinley— que provocaron serias controversias por su parcialidad, son tomadas en cuenta en el texto a la par que los altiba-

(4) Jean Cazeneuve y David Victoroff, coords., La Sociología. Ideas - Obras - Hombres, Bilbao, Ediciones Mensajero, 1974, p. 467.

jos de la economía. Siendo este capítulo la parte medular de la tesis, las relaciones capital-trabajo evidencian sus contradicciones en los apartados referentes a los integrantes de la fuerza de trabajo, las organizaciones obreras y las manifestaciones auténticas en contra de la opresión.

El segundo capítulo se aboca al estudio de la sociedad urbana y sus características, en tanto que surge estrechamente vinculada al proceso de industrialización, como consecuencia de la concentración de la mano de obra. Se habla de la diversidad socio-cultural, patentizada en las ciudades, y de la capacidad del sistema para manipular todos los medios a su alcance —escuelas, universidades, templos, periódicos, teatros, estadios deportivos, almacenes, etc.— en favor del establecimiento de un consenso general. Además, se mencionan los cambios profundos en la calidad de vida de los norteamericanos que pusieron a prueba tanto sus valores tradicionales de libertad, justicia y democracia, como los modelos de conducta. Estos cambios requirieron a su vez del replanteamiento de nuevas metas y disciplinas, un tipo de conciencia diferente e instituciones sui generis como la maquinaria política urbana y el reformismo social, enmarcadas por una ideología conservadora, el llamado Darwinismo Social.

Reconociendo de antemano la ausencia de un análisis exhaustivo, los alcances de este trabajo son parciales, pero pueden contribuir a la identificación de los componentes que sustentaron la continuidad socio-histórica de los Estados Unidos, misma que hizo factible la adaptación de los norteamericanos a la realidad con-

temporánea.

Para finalizar, las conclusiones puntualizan lo más sobresaliente de la investigación y los documentos que integran el apéndice pretenden enriquecer el contenido de la misma.

1. LA REVOLUCION INDUSTRIAL, LOS MONOPOLIOS Y LOS TRABAJADORES

### 1.1. La industrialización como imperativo para el desarrollo nacional.

El desarrollo de las fuerzas productivas en los Estados Unidos y la abundancia de recursos materiales y humanos generó una gran acumulación de capital. De esta manera, la combinación de capital y mano de obra hicieron posible que el último tercio del siglo XIX presenciara un fenómeno que venía gestándose desde tiempo atrás: la consolidación de un modelo industrial.

Durante la Guerra Civil, las fuerzas económicas experimentaron grandes cambios. La victoria de los norteamericanos en el conflicto fue determinante para que sus intereses prevalecieran sobre el resto de la nación.

A partir de entonces, las prioridades giraron en torno al fortalecimiento del sistema capitalista que requería de un crecimiento constante. De esta forma y ante el inminente agotamiento del territorio virgen, se impuso una expansión industrial que, promovida por el Norte, no sólo revolucionó a las fábricas sino que modificó profundamente las relaciones sociales de producción y la vida cotidiana de los norteamericanos.

#### 1.1.1. Importancia del crecimiento económico e industrial de la posguerra.

Al retornar la paz a la nación en 1865, los estadounidenses se encontraron con una economía que había venido estimulando las expectativas de acumulación de capital en manos de una minoría.

Las intenciones de esta élite hallaban justificación ante los

ojos del ciudadano común, debido a que aquélla se atribuía una victoria que rebasaba el triunfo de las tropas norteañas sobre los estados confederados. Sus logros consistían en la localización y explotación de cientos de nuevos recursos naturales, como el carbón, el hierro y el petróleo, que prometían un futuro promisorio al país, y su ascenso en la escala social como sujetos que, sin haber nacido en la opulencia, lograban triunfar por propio esfuerzo. El auge traído por la guerra a la región Norte del país, dio sustento a un despilfarro que inició una edad dorada para unos cuantos. Los negocios se vieron estimulados por ganancias inesperadas que a su vez incrementaron la especulación y la inversión en nuevas industrias. Pese a las contradicciones, la dinámica del capital hacia participes de la derrama económica no sólo a una minoría sino a sectores sociales más amplios, quienes veían abiertas las puertas de la movilidad ante la multiplicidad de oportunidades que ofrecía el patrón industrial.<sup>(1)</sup>

Por otra parte, el gobierno federal estaba comprometido con los capitalistas por el apoyo que éstos le brindaron durante el desarrollo del conflicto armado por lo que, dispuesto a defender sus intereses, facilitó las medidas proteccionistas que permitieron a los empresarios actuar con manos libres sobre los recursos de los Estados Unidos. Además, se propició la participación política activa de aquéllos en el Congreso, en un porcentaje sin precedentes en la historia del país.<sup>(2)</sup>

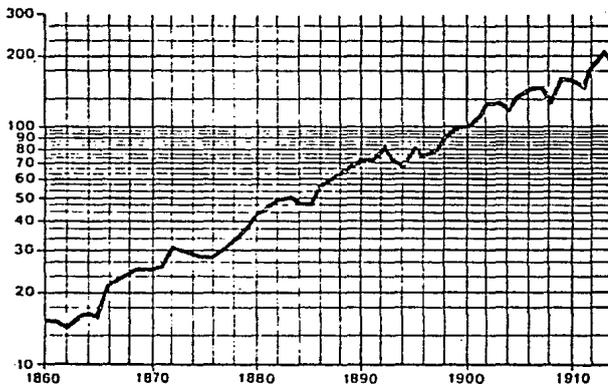
(1) Entre las oportunidades a las que se alude estaban la diversificación de las actividades productivas y de servicios y la apertura de fuentes de trabajo.

(2) William Miller, Historia de los Estados Unidos, México, Novaro-México, 1963, p. 402.

El ímpetu de los negocios y la voracidad por la riqueza asumieron así el papel de valores nacionales, únicos caminos para lograr el mejoramiento y el progreso de todos los individuos —según la lógica del capital.

Si para 1860 los Estados Unidos eran aún una nación industrial de segunda clase en la que predominaba el modelo agrícola, para 1890 se transformarían en potencia mundial cuya producción fabril equivaldría a la suma de lo producido por los entonces grandes de Europa: Inglaterra, Francia y Alemania. (3)

Cuadro 1. Índice de la producción industrial de los Estados Unidos, 1860-1914 (4)



(3) John M. Blum et al., The National Experience. A history of the United States, 5 th. ed., New York, Harcourt Brace Jovanovich, 1973, p. 452.

(4) En Douglass C. North, Una nueva historia económica. Crecimiento y bienestar en el pasado de los Estados Unidos, Madrid, Editorial Tecnos, 1969, p. 162.

De esta manera, la sociedad norteamericana se integró paulatinamente a un nuevo tipo de desarrollo que aparecía como gloriosa panacea; promesa de confianza, seguridad y orgullo en el avance material ininterrumpido. La industria parecía ser el único ingrediente que faltaba para que el éxito económico del común de los estadounidenses se consolidara. Se abrían ante sus ojos nuevas fuentes de trabajo, un mercado nacional ávido de bienes, un gobierno que salvaguardaba la propiedad privada sin exigir mayores cargas fiscales y la posibilidad de disfrutar un nivel de vida cómodo propiciado por los avances de la ciencia y la tecnología.

Sin embargo, la clase obrera norteamericana estaba todavía muy lejos de alcanzar el ideal propuesto por la industrialización, por lo que tendría que atravesar tiempos de lucha y sacrificio antes de poder exigir su reconocimiento y derechos como genuino fabricante de la riqueza del país.

### 1.1.2. Revolución en el transporte y la tecnología.

Es necesario hacer énfasis en que el acelerado desarrollo industrial norteamericano fue factible gracias a la introducción de nuevas técnicas manufactureras, entre las que destacaron el uso del vapor y el carbón como generadoras de fuerza motriz, sumadas a la expansión de las redes ferroviaria y telegráfica, la apertura de caminos y canales y la difusión de nuevos inventos como el teléfono y la radiocomunicación.

De entre los factores mencionados, el que revistió una importancia subrayada fue el crecimiento del transporte ferroviario. Sus re-

percurciones habían ocasionado y ocasionarían aún cambios tan significativos en el país que pueden considerarse como elementos que revolucionaron no sólo la economía y la política, sino el modo de vida de la sociedad en su conjunto.

La extensión de las rutas del ferrocarril sirvió de estímulo vital al proceso de industrialización. Mientras que para 1865 el país contaba con cerca de 56,325 kms. de vías en operación, la mayoría bajo la tutela de pequeñas empresas de poca estabilidad, hacia 1890 poseía ya más de 112,650 kms. en manos de corporaciones económicas, cuya complejidad y tamaño habían requerido de la creación del primer método moderno de administración,<sup>(5)</sup> ejemplo a seguir con posterioridad por las grandes cadenas manufactureras y comerciales.

La estandarización de la red de ferrocarriles fortaleció la integración de un mercado nacional con la apertura de seis líneas transcontinentales —de las cuales sobresalieron la Union Pacific y la Central Pacific como monopolios ferroviarios—, además de promover la distribución de bienes y la consiguiente producción en masa. El servicio se fue haciendo más ágil, seguro, confiable y barato, por lo que la popularidad de los viajes por tren aumentó día a día, al grado que en 1883 la nación hubo de dividirse en cuatro husos horarios a manera de uniformar las corridas ferroviarias.

Por otro lado, el desarrollo del transporte por ferrocarril involucraba a las industrias del hierro y del acero, propiciando su auge, a la par que fomentaba la demanda de mano de obra en diversas áreas, como en el ramo de los servicios.

(5) Arthur S. Link et al., The American people: A history, Arlington Heights, Ill., A.H.M. Publishing Corp., 1981, p. 498.

Cuadro 2. Cantidad de kilómetros construidos para la red ferroviaria de los Estados Unidos entre 1830 y 1920<sup>(6)</sup>

Kms. de VIA	16,093	32,186	48,279	64,372	80,465	96,558	112,651
1830							
1840							
1841							
1850							
1851							
1860							
1861							
1870							
1871							
1880							
1881							
1890							
1891							
1900							
1901							
1910							
1911							
1920							

(6) En Keith Ian Lakoff et al., Generations of Americans. A history of the United States, New York, St. Martin's Press, 1970, p. 429.

El gobierno federal jugó un papel medular en la promoción de la expansión ferroviaria dándole facilidades y cediéndole grandes extensiones de terreno, mismas que rebasaron los 62 millones de hectáreas en 1884.<sup>(7)</sup> Según algunos cálculos, las concesiones de tierra sumadas a los subsidios públicos de la séptima década del siglo XIX, contribuyeron con el 60% del costo total de construcción de los ferrocarriles.<sup>(8)</sup>

La rivalidad y la competencia entre las empresas del ramo no tardó en aparecer, provocando corrupción y abusos en los que participaron políticos y hombres de negocios por igual. El primer caso público que evidenció lo anterior sucedió en 1872, cuando se descubrió que los funcionarios del ferrocarril Union Pacific habían otorgado a una compañía, la Crédit Mobilier, un contrato fraudulento de construcción, al ocultar que ésta era de su propiedad y obtener así ganancias ilícitas por más de 20 millones de dólares a través del cobro de fondos otorgados por el gobierno y los accionistas minoritarios de la empresa.

La importancia que adquirió el crecimiento desmesurado de los negocios ferroviarios estadounidenses se reflejó también en México. Con la llegada de capitales que buscaban concesiones para edificar líneas ferroviarias que unieran a nuestro país con el sur de los Estados Unidos, los norteamericanos perseguían dominar nuestros mercados y facilitar el transporte de materias primas mexicanas requeridas por su industria. Uno de tantos permisos se otorgó al señor Plumb, en 1873, por medio del cual se construirían 2 ferrocarriles que, partiendo de la ciudad de México, fueran a la frontera norte

(7) The Encyclopedia of American history: New and updated, Guilford, Conn., DFG Reference Publishing, 1981, p. 251.

(8) Louis B. Wright et al., Breve historia de los Estados Unidos de América, ed. revisada, México, Li nusa-Wiley, 1969, p. 281.

y al Pacífico, y otro lo recibió David Boyle en 1875 para tender la línea de Guaymas a Arizona. (9)

Paralelamente al ferrocarril que fue el eje de los adelantos tecnológicos entre 1865 y 1890, un torrente de invenciones inundó la oficina de patentes de los Estados Unidos. Se extendieron casi 440 mil patentes, entre las que destacaron las relacionadas con las comunicaciones. Así, el teléfono (1877) y la radiocomunicación (1896) coadyuvarían a la transformación de las relaciones sociales, al posibilitar el contacto más rápido entre los individuos y el conocimiento de lo acontecido en todos los rincones del país.

Aparecieron los trenes elevados y subterráneos; los tranvías, modificados con el uso de la dinamo, comenzaron a proliferar en las ciudades, y la linotipia, la máquina de escribir, la rotativa y la máquina de plegar favorecieron la prensa escrita que estrechó el vínculo entre las urbes y las regiones agrícolas.

Las maquinarias para el agro y las industrias multiplicaron la productividad en favor de la manufactura en masa (telares mecánicos, máquinas de coser, etc.) y la lámpara incandescente y el cinematógrafo en ciernes, prometían al pueblo una vida más relajada.

### 1.1.3. El sistema de fábrica.

La consolidación del sistema capitalista norteamericano no hubiese tenido efecto sin la reorganización de los elementos que participaban en el proceso productivo. Esto significó cambios no sólo en las relaciones obrero-patronales y la división misma del traba-

(9) Luis G. Zorrilla, Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América 1800-1958, México, Editorial Porrúa, 1965, vol. 1, p. 533-534.

jo, sino en la relación del hombre con las máquinas.

La línea de producción, preconizada por el economista inglés Adam Smith, cobró vital importancia por las posibilidades que abría a la elaboración futura de manufacturas en serie. Para 1880, las fábricas y los talleres de grandes proporciones llegaron a formar parte integral del paisaje, sin que ello significara que el ideal de la producción en masa hubiera sido alcanzado, puesto que éste no se hizo realidad hasta 1913, en la planta de ensamblaje de automóviles propiedad de Henry Ford.

Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XIX se sentaron las bases para dicha transformación, las cuales podrían resumirse en cuatro grandes apartados: (10)

1. Creación de maquinaria sofisticada que fue reemplazando la actividad manual de los operarios hasta requerir de mano de obra especializada.
2. Avance sustancial en la producción de piezas en serie, capaces de ser intercambiadas en la construcción de un mayor número de bienes manufacturados. En un principio, la mayoría de las partes de una manufactura requerían del ensamblaje manual, llevado a cabo con herramientas manejadas por obreros que asemejaban a los artesanos calificados, hasta que el perfeccionamiento de las piezas permitió su integración mecánica.
3. Avances ininterrumpidos en las técnicas de empaque y conservación de productos alimenticios perecederos como la carne, al igual que de otros productos como los cigarrillos y el petró-

(10) La idea de esbozar en cuatro puntos los factores que incidieron en el proceso productivo fue tomada de Link, op. cit., p. 502.

leo refinado.

4. Centralización de las funciones administrativas de las fábricas en un órgano especializado, aunada al desarrollo de un sistema contable "científico" que perseguía organizar el proceso productivo en torno a la eficiencia, para lo cual hubieron de crearse también nuevas técnicas mercantiles.

De los factores citados se desprende que las grandes ganancias del sistema industrial norteamericano fueron factibles al aumentar se la producción, disminuir su costo y por la explotación directa de la mano de obra. El papel de ésta fue minimizado al grado de considerársele como una pieza más dentro del proceso fabril,<sup>(11)</sup> capaz de ser removida o reemplazada por tantos brazos estuviesen disponibles en el mercado de trabajo.

#### 1.1.4. La "ilusoria" industrialización sureña.

El estado de devastación en el que se encontraba la región ex confederada, a causa de su derrota en la guerra, acarrió gran pobreza.

Debido a que el Sur era un área eminentemente agrícola, se pensó que el impulso dado por los nortños a la industria podría trasladarse a éste como modelo a seguir para la solución de sus graves problemas económicos.

Aunque la industria no era del todo desconocida por los sureños antes del conflicto armado, se limitaba a modestos talleres textiles y algunas factorías de hierro. Estas últimas, a pesar de

(11) Mary Norton et al., A people and a Nation. A history of the United States, Boston, Houghton Mifflin, 1982, p. 475.

sus condiciones, fueron capaces de producir los implementos necesarios para armar a la Confederación durante la guerra, sobre todo porque algunas eran propiedad del gobierno.

La producción manufacturera era de menor escala, en comparación con la del Norte, pues se subordinaba a los requerimientos de la agricultura de plantación o a las necesidades eventuales del ejército y la armada.<sup>(12)</sup> La industrialización se tornó así en un sueño al que se abocaron los líderes del "nuevo Sur" de la posguerra para convertirlo en realidad.

Sin embargo, los hábitos y las condiciones socioeconómicas de la región no se lograron modificar a corto plazo, acrecentando las diferencias entre Norte y Sur por la dificultad de este último para integrarse al proceso urbano-industrial.

Uno de los mayores obstáculos para los sureños era su apego a la tierra. Tanto los grandes terratenientes como los pequeños propietarios y los ex-esclavos permanecían reacios o incrédulos ante las perspectivas que les ofrecía una economía fundamentada en la inversión industrial y no en la renta de la tierra. El pueblo tenía confianza en que la Guerra Civil traería como resultado un reparto agrario y, aunque el censo de 1880 reportó un gran incremento de granjas en comparación con el de 1860,<sup>(13)</sup> las propiedades habían reducido de tamaño no por su repartición sino porque las grandes plantaciones se habían subdividido para ser trabajadas por aparceros explotados a falta de esclavos. Las grandes propiedades siguieron en manos de una minoría de ex-plantadores o comerciantes, los cuales intensificaron y abarataron su producción gracias a la

(12) Link, op. cit., p. 515-516.

(13) Blum, op. cit., p. 423.

abundante oferta de mano de obra —ocasionada por la emancipación de los negros— y al avance tecnológico de la maquinaria agrícola.

Las escasas inversiones industriales provenían de capitales norteños que, sobre todo en momentos de crisis, buscaban mejores oportunidades en distintas zonas. La cooperación de las legislaturas sureñas con los supuestos inversionistas no provocó sino una gran especulación con los recursos naturales de la región. Sólo en tanto que la economía sureña se subordinara como proveedor de materias primas para la industria del noreste, los banqueros y hombres de empresa estuvieron dispuestos a favorecerla con empréstitos e inversiones.

Entre las industrias que más sobresalieron en el Sur estuvo, pese a graves obstáculos, la tabacalera. Siendo también la de mayor antigüedad en la región, supo aprovechar las ventajas tecnológicas del momento para extender sus mercados. Dirigida por James B. Duke —destacado hombre de negocios que, como la mayoría de sus colegas, había empezado desde abajo en 1865 con sólo dos mulas y una carga de tabaco— para 1889 la American Tobacco Company producía ya la mitad del total de cigarrillos del país, convirtiéndose en uno más de los monopolios. (14)

Empero la relevancia de lo anterior, el símbolo genuino de la industrialización sureña fueron las hilanderías de algodón. Desarrolladas principalmente en Alabama, Georgia y las Carolinas, despertaron gran interés en los empresarios de Nueva Inglaterra (15)

(14) Ibidem, p. 426.

(15) Integrada por los estados de Connecticut, Maine, Massachusetts, New Hampshire, Rhode Island y Vermont.

por los bajos salarios y mínimas exigencias de sus obreros. El norte se aprovechaba una vez más del Sur para maquilar su producción textil, que sería luego terminada en las factorías del Noreste y vendida a toda la nación a altos precios.

El transporte por ferrocarril ayudó a abaratar aún más la producción agrícola, minera e industrial de los Estados Unidos, por lo que los beneficios para el Sur fueron todavía menores. Los sureños no podían competir con el Norte victorioso, pues carecían de recursos, de ánimo y de iniciativa. Sus problemas aumentaban en la medida en que insistían en copiar un patrón económico ajeno a sus propias características.

Factores como el racismo de la posguerra representaban barreras infranqueables que imposibilitaban a gran parte de la población del Sur el acceso a la educación, la capacitación y la autoestima, además de su integración al proceso industrial.

Entre tanto, los norteamericanos se afirmaron en el liderazgo de la nación al ejercer un neocolonialismo sobre las demás regiones, obligándolas a asumir distintos roles. A cambio, compartirían con ellas en el futuro los frutos de la expansión imperialista.

## 1.2. Hacia la consolidación del capital.

### 1.2.1. Surgimiento y consolidación de los monopolios.

A la par con la complejidad e innovación tecnológica de las últimas décadas del siglo pasado, surgió un movimiento que llevaría a algunas empresas con paso seguro hacia su afirmación como monopolios económicos, conocidos con el nombre genérico de trusts. De es

ta forma, sería el devenir histórico el encargado de aportar los elementos para analizar las causas y consecuencias de un fenómeno tal, cuya trascendencia se hace patente para el mundo contemporáneo.

La doctrina económica del laissez faire, expuesta por Smith y sus seguidores, fue aceptada como ley natural por los empresarios estadounidenses y sancionada por la Décimocuarta Enmienda Constitucional, que prohibía cualquier atentado contra los privilegios e inmunidades de los ciudadanos. La regulación gubernamental de la iniciativa privada y del capital generado por ella no se creía factible en un país cuya tradición mostraba que la mayoría de sus habitantes otorgaban su consentimiento a un estado protector de los intereses individuales.

La formación de nuevos capitales aparecía como un ciclo sucesivo para fomentar la explotación intensiva de los vastos recursos naturales y viceversa, ya que de esta manera se esperaba que la abundancia alcanzaría a todos los ciudadanos. La libertad de acción y competencia, heredada de la tradición de los pioneros "conquistadores de la Frontera", fue sacralizada como pilar del crecimiento económico, social e individual.<sup>(16)</sup> La riqueza se hizo cada vez más evidente, aunque no su justa distribución puesto que los "más fuertes" o inescrupulosos la detentaban casi por completo.

El mercado nacional fue extendiéndose hasta sus últimos límites a causa de la contienda comercial y el desarrollo de los transportes. El país se fue tornando autosuficiente y las importaciones de bienes manufacturados descendieron, al grado de que en 1860 el

(16) Entiéndase por Frontera la línea discontinua y moveliza que delimitaba la colonización hacia el Oeste. La obra de Frederick Jackson Turner, La Frontera en la historia americana, Madrid, Editorial Castilla: 1961, hace toda una argumentación en torno a dicho concepto justificando el expansionismo.

89% de dichos bienes eran hechos en los Estados Unidos y para 1900 dicha cifra se incrementaría hasta el 97%.<sup>(17)</sup>

La rivalidad por acaparar mercados acabaría por exterminar a los pequeños comerciantes e industriales, favoreciendo la consolidación de los trusts. Más tarde, el pueblo norteamericano reaccionaría en contra de la desmedida explotación de recursos y los abusos de los grandes negocios, por lo que la intervención del gobierno para regular las nuevas relaciones económicas se haría inevitable.

La aparición de las empresas que se erigieron como monopolios se debió a los cambios traídos por el proceso industrial. Por ejemplo, el avance tecnológico hacía posible que la producción aumentara, disminuyendo su costo. Las innovaciones en maquinaria desplazaban día a día a un mayor número de trabajadores pues, a pesar del elevado costo de ésta, los capitalistas preferían invertir su dinero en bienes que les ahorran tiempo y dificultades, repercutiéndoles en mayores beneficios. Sólo la reunión de varios capitales individuales podrían entonces promover y adquirir a la vez los sofisticados implementos industriales y frenar la desmedida competencia del momento.

La consigna era eliminar al máximo los gastos superfluos en pro de elevadas ganancias auspiciadas, pese a la aceptación del libre cambio, por una política oficial proteccionista que imponía altos aranceles a las importaciones. Además, otro de los factores que propiciaron la afirmación del capital fue la inversión extranjera que, proveniente en su mayoría de Inglaterra y Francia, venía

(17) Harold Underwood Faulkner, Historia Económica de los Estados Unidos, Buenos Aires, Editorial Nova, 1956, p. 475.

favoreciendo la economía norteamericana por la caída de las tasas de interés en Europa y la necesidad de sus hombres de negocios de invertir adonde obtuvieran mayores dividendos. (18)

La concentración de grandes sumas de capital en torno a un monopolio, presentaba ventajas como el ahorro de recursos en la producción que requería de complejos métodos de transformación como el caso del acero; posibilitaba también el control de patentes y la extensión de los mercados nacional e internacional, además de proporcionar estabilidad a las industrias por el manejo de la competencia y la adopción de medidas preventivas tendientes a disminuir los riesgos de alguna quiebra.

Las compañías que fueron creciendo hasta convertirse en monopolios económico-financieros —puesto que conjugaban intereses industriales y bancarios— sufrieron varias etapas de transición en las que muchas fracasaron y sólo las más hábiles salieron adelante. Algunas existen a la fecha como empresas transnacionales.

Los pools fueron los precursores de la tendencia monopolista, al organizarse en derredor de varias entidades comerciales cuyos miembros se proponían fiscalizar los precios, distribuyéndose entre ellas el total de sus actividades. De esta manera, un grupo de empresas se repartía determinadas zonas económicas y mercados para no rivalizar entre sí y evitar caer en la ruina, además de que en ciertas ocasiones parte de los beneficios se depositaban en un fondo común, para ser distribuidos posteriormente entre los asociados. Los pools aparecieron después de la crisis de 1837, haciéndolo-

(18) A este respecto, se puede mencionar que el capital europeo se abocó en mucho a la inversión en bonos de ferrocarril, por lo que para 1898 poseía ya 3,100 millones de dólares que equivalían a una tercera parte del total de acciones del ramo. Blum, op. cit., p. 453.

se populares en las negociaciones ferroviarias. (19)

Cuando la Ley de Comercio Interestatal (1887) declaró ilegales los pools ferrocarrileros, apareció en su lugar un nuevo tipo de organización, el trust, que prometía mayor eficacia y que desde entonces y hasta 1897 fue la forma más favorecida para la combinación de sociedades capitalistas. Mientras que el pool era una simple alianza de empresarios, los trusts surgen como resultado de una verdadera fusión de intereses económicos. Creadas a través de la venta de acciones y dirigidas por un comité ejecutivo, estas organizaciones fueron capaces de centralizar una serie de medios y vigilar la explotación, manufactura, distribución y venta de productos como el azúcar, el petróleo o el acero, ejerciendo así un virtual monopolio que eliminaba de manera automática la libre competencia. (20)

Los resultados de la formación de estas sociedades fueron la especialización de la producción industrial, la reducción de los gastos administrativos, la promoción de nuevas investigaciones en el campo de la ciencia y de la técnica y, lo más sobresaliente, el fortalecimiento de los patrones para actuar con mano dura sobre los obreros. Además, aunque los intermediarios se eliminaron, el dominio del mercado por parte de los trusts situó a los productores de materias primas y a los consumidores a merced de la avaricia de los industriales.

El gradual perfeccionamiento de los monopolios —que para 1897 habría de crear los llamados holdings o sociedades de dominio financiero que controlaban las actividades de varios consorcios de ac-

(19) Faulkner, op. cit., p. 481-482.

(20) Ibidem, p. 489.

cionistas—(21) acarrearía nuevas y más graves contradicciones a la sociedad norteamericana. Así como aumentaba la brecha entre los precios de las manufacturas y las materias primas, el derroche y la opulencia de la minoría contrastaban con las malas condiciones de vida de grandes núcleos de población.

Paralelamente a la consolidación de los monopolios industriales se dio la fusión de los intereses bancarios; con el propósito de concentrar mayores recursos para poder cubrir la creciente demanda de capital, el ahorro nacional se canalizó hacia la industria. La ampliación del mercado de acciones se afianzó en 1869 con la Bolsa de Valores de Nueva York y las sociedades financieras se convirtieron en pilares del desarrollo.

El éxito de los monopolios despertó la avidez de los banqueros. Su capacidad de manipulación del crédito y del mercado de valores —para 1873 la banca contaba ya con 64 millones de dólares en depósito que procedían exclusivamente de bancos rurales(22) logró imponer la supremacía del capital financiero para principios del siglo XX. También en este renglón se perfiló el liderazgo del Noreste, ya que su poder banquero per cápita en 1880 era de 176 dólares, en comparación con el del Sur que sólo llegaba a los 10 dólares.(23)

### 1.2.2. El Noreste y los grandes monopolios.

Los Estados Unidos se venían desarrollando a través de la división regional de las actividades económicas, tendiendo a una mar-

(21) Ibidem, p. 482-483.

(22) Louis M. Hacker, Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1942, p. 341.

(23) Samuel Eliot Morison et al., Breve historia de los Estados Unidos, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 533.

cada diferenciación que, en términos generales, ocupó al Noreste para el establecimiento de la industria, al Sur para la explotación agrícola y al Oeste para la minería, la ganadería y la producción de alimentos.

La manufactura venía predominando en el Noreste desde los primeros años de vida independiente de la nación y durante los tres últimos años de la Guerra Civil se afianzó en la región, al amparo de una serie de leyes impositivas que buscaban el incremento de la producción para satisfacer las necesidades propiciadas por el conflicto armado. Más tarde, el triunfo político-militar de los nortños, en 1865, determinaría un alza de impuestos a las importaciones como rasgo característico del sistema económico norteamericano, (24) aún vigente en la actualidad. Se estimuló así la manufactura de la región, tanto por las grandes utilidades a las que pudieron acceder las industrias ya establecidas, como por el auxilio que se dio a las nuevas empresas. (25)

El Noreste (compuesto por los estados que integran la Nueva Inglaterra, Nueva York, Pennsylvania y Nueva Jersey) contaba con todos los factores requeridos para centralizar la industria. Capital disponible, existencia de un mercado, fuentes de energía (carbón y ríos), medios de transporte, experiencia en el ramo y una creciente oferta de mano de obra por la incesante llegada de inmigrantes. Todos estos elementos se conjuntaron para hacer de dicha zona la número uno en cuanto al valor de la producción per cápita, (26) al porcentaje de obreros contratados, y al número y varie-

(24) Véase inciso 1.2.5., p. 33.

(25) Véase inciso 1.2.3., p. 29.

(26) Véase cuadro 3, p. 27.

dad de empresas industriales. Sin embargo, cabe hacer mención que para 1890 el emporio industrial se había trasladado hacia el Oeste Medio (Ohio, Indiana, Illinois, Wisconsin, Iowa y Michigan), por su abundancia de materias primas agrícolas y minerales y la formación de nuevos asentamientos humanos.

La compañía Standard Oil de Ohio, comandada por John D. Rockefeller, había iniciado sus actividades dentro de la industria desde los años de la Guerra Civil. El objetivo primordial de su dueño era dominar la competencia en el ámbito de la refinación industrial de petróleo. Con el fin de alcanzar tal meta, la compañía adoptó los métodos más eficaces de producción para reducir drásticamente los precios e ir acabando o absorbiendo a sus rivales. Los refinadores de Nueva York, Filadelfia y Pittsburgh fueron los primeros en ceder ante el poderío económico de la Standard Oil, misma que para 1880 controlaba casi el 90% de las refinерías norteamericanas<sup>(27)</sup> y las 2/3 partes del petróleo de exportación, básicamente los envíos dirigidos a Alemania, Inglaterra, Cuba y México.<sup>(28)</sup>

Röckefeller era enemigo de las sociedades conocidas como pools puesto que dudaba de su efectividad. De esta forma, la Standard Oil modificó su estructura hasta llegar a consolidarse como el primero y más importante de los trusts (1879). En su trayectoria resaltan prácticas comerciales ilícitas, rebajas y reembolsos de empresas ferroviarias que buscaban ser favorecidas con la carga de la compañía, extorsiones, sobornos y contubernios con funcionarios, jueces y legisladores que facilitaban las maniobras al margen de la ley.

(27) Wright, op. cit., p. 284.

(28) Norton, op. cit., p. 612.

Cuadro 3. Población, producción e ingresos (29)

	1800	1820	1840	1860	1880	1900
1. Población (millones)	5,3	9,6	17,1	31,5	50,3	76,1
2. P.N.B. (miles de millones en dólares de 1860)	0,3	0,6	1,6	4,1	8,4	17,3
3. Producción media <u>per cápita</u> (en dólares de 1860)						
a) En los Estados Unidos	61	64	95	130	167	227
b) En el Sur (población total)	—	—	72	94	85	116
c) En el Medio Oeste y en las praderas	—	—	65	88	164	234
e) En el Noreste	—	—	128	181	235	311
4. Porcentaje de la riqueza privada						
a) En manos del 1% de los más ricos	21% (1810)	—	—	24%	—	31%
b) En manos del 10% de los más ricos	69% (1810)	—	—	72%	—	74%

(29) En Willi Paul Adams et al., Los Estados Unidos de América, 4a. ed., México, Siglo XXI, 1980 (Historia Universal Siglo Veintiuno, 30) p. 162.

En 1892, después de la aprobación de la Ley Sherman Antitrust, la Suprema Corte de Ohio sentenció a la Standard a desaparecer; pero la astucia de sus directivos se las arregló para crear una "nueva" empresa<sup>(30)</sup> en la hospitalaria Nueva Jersey (1899), a través de la integración de varias compañías subsidiarias en torno a un emporio financiero, mejor conocido como holding,<sup>(31)</sup> que contaba con un capital de 110 millones de dólares.

En 1870, Andrew Carnegie inició sus actividades en el campo de la industria del acero. Siendo poseedor de una gran fortuna, logró monopolizar el mercado siderúrgico norteamericano en pocos años. Henry Clay Frick —dueño de la mayoría de los hornos de carbón mineral de Pittsburgh—, fue persuadido por Carnegie para convertirse en su socio, de tal forma que al reunir sus capitales crearon un vasto complejo industrial que dominaba campos de carbón, depósitos de cal, minas de hierro, ferrocarriles y barcos para la transportación de minerales. Nació así la Carnegie Steel Corporation (1892), misma que para principios de siglo contaría con un caudal de 160 millones de dólares.<sup>(32)</sup>

El dinamismo de esta corporación se debió a varias causas, como la utilización de métodos mercantiles eficaces que propiciaban la reinversión de las ganancias dentro de la misma empresa, el control ejercido por Carnegie sobre los accionistas y, sobre todo, las largas jornadas de trabajo de los obreros, sus bajos salarios y la represión de los sindicatos. Tiempo después, el individuo más prominente en el medio financiero de los Estados Unidos, John P. Morgan, compraría la empresa Carnegie para fusionarla con otras diez

(30) La Standard Oil de Nueva Jersey.

(31) Véase inciso 1.2.1., p. 19.

(32) Wright, op. cit., p. 285.

compañías siderúrgicas y crear la United States Steel Corporation (1901).<sup>(33)</sup>

El apogeo de los monopolios llevó también a que productos de consumo como la sal, las galletas, la carne, los fósforos y el whiskey, cayeran en manos de monopolios. La American Sugar Refining Company, propiedad de Henry O. Havemeyer, acaparaba en 1891 el mercado azucarero, mientras que la Union Stockyards dominaba la industria tablaquera.

### 1.2.3. La alianza entre gobierno y empresarios.

A pesar de que la conciencia de la época rechazaba la intervención del aparato de gobierno en la vida económica del país, por considerarla peligrosa y fútil, el triunfo del desarrollo industrial norteamericano fue resultado del apoyo directo o indirecto del poder público.

La acelerada construcción de la red ferroviaria nacional fue posible gracias a los subsidios tanto federales como estatales. Una política abierta facilitó la colonización hacia el Oeste hasta culminar en la costa del Pacífico —aquí, cabría señalar que también los particulares promovieron la extensión de la colonización hacia México, llegando incluso a solicitar concesiones territoriales en Baja California—, además de que la defensa oficial de los precios de la plata estimuló el progreso de la citada región. Industrias como la del acero, la lana y el cobre fueron altamente beneficiadas con medidas como el incremento de aranceles. El establecimiento de políticas bancarias, fiscales y monetarias de orden federal,

(33) Ibiden, p. 288.

favoreció la inversión de nacionales y extranjeros en los Estados Unidos, al grado de que los segundos participaban ya en 1870 como accionistas de distintas empresas con un capital de 1,500 millones de dólares.<sup>(34)</sup> Incluso, la Suprema Corte de Justicia jugó también su papel al obligar a las legislaturas estatales a reconocer los derechos de los monopolios y la iniciativa privada. A pesar de que, hasta la séptima década del siglo XIX, los estados contaron con la prerrogativa ilimitada para regular el mundo de los negocios, en 1886 tuvieron que reconsiderar su posición y declarar que toda empresa sería considerada como cualquier ciudadano protegido por la Constitución —por la Décimocuarta Enmienda específicamente— ante lo cual no se les podía privar del derecho a la propiedad a través de ningún reglamento. Lo anterior no significó, sin embargo, que la actuación de las corporaciones fuera a quedar impune, sino que tanto las cortes estatales como federales adoptarían una posición más flexible para juzgar favorablemente sus actividades.

La filosofía del laissez faire se adecuaba al pragmatismo de los norteamericanos al aceptar la alianza gobierno-empresarios. El crecimiento del país dictaba, en la medida de sus necesidades, la participación o no intervención gubernamental.

Asimismo, mientras proliferaba la venta de acciones entre una multitud que aguardaba hacerse rica de la noche a la mañana, los grandes empresarios se empeñaban por intervenir en la esfera política. Para proteger sus intereses, los monopolios ferroviarios e industriales promovieron el establecimiento de lobbies, o grupos

(34) Norton, op. cit., 477.

de presión, que influirían sobre las autoridades federales, estatales y municipales a fin de que legislaran o decidieran a favor de las empresas. Además, se financiaron las campañas electorales de los dos grandes partidos —el Republicano y el Demócrata—, con la esperanza de que el triunfo en la contienda política repercutiría en el incremento de las utilidades de tal o cuál empresa. Tanto los grupos de presión como el apoyo económico a los partidos han trascendido hasta nuestros días, cobrando cada vez mayor significación.

#### 1.2.4. La Ley Sherman Antitrust. (35)

La excesiva libertad con la que maniobraban los monopolios provocó una situación ambivalente. Por un lado, la virtual ausencia de limitaciones posibilitó el desarrollo industrial sin precedentes de las corporaciones norteamericanas, favoreciendo el ascenso de su país como potencia de primer nivel; por otro lado, las actividades de dichos consorcios afectaron a grandes núcleos de población, los cuales demandaron la intervención del gobierno federal en su ayuda.

A la par que se formaron los trusts, surgió un creciente temor popular debido al poderío adquirido por éstos, a la desaparición de la libre competencia —factor considerado en aquel entonces como baluarte para el sano crecimiento de la economía— y a la injusta distribución de la riqueza. Hacia 1880, estos problemas se agravaron y el gobierno se vio en la necesidad de crear un comité investigador, compuesto por miembros de la Cámara de Representan-

(35) Véase apéndice, p. 121.

tes (equivalente a la Cámara de Diputados) y algunos senadores por el estado de Nueva York, que se dedicaron a analizar la cuestión.

Después de recabar informes sobre las actividades de monopolios tales como el del azúcar y el del petróleo, el comité confirmó los males de que adolecían las grandes corporaciones, aunque también se mostró incompetente para aportar soluciones al respecto. Los pequeños y medianos empresarios se inquietaron aún más y, gracias a sus exigencias, obtuvieron que 27 estados aprobaran legislaciones que prohibían la creación de trusts. (36)

Sin embargo, estas medidas fueron insuficientes ante las dificultades acarreadas por el gran capital a toda la nación. Las viejas relaciones familiares entre el obrero y el patrón desaparecieron, al mismo tiempo que el primero sufría tensión nerviosa y fatiga al realizar labores monótonas con las máquinas, en detrimento de su capacidad creadora. Más aún, de 1880 a 1910 el ingreso medio anual de la familia obrera nunca pasó de 650 dólares y el de la familia campesina de 400, cantidades por debajo del nivel del costo de la vida. (37) El desempleo llegó en ocasiones a más del 10% y se carecía de programas para su atención, así como para la vejez. Los granjeros se vieron en manos de los bancos y las sociedades hipotecarias. Además, el equilibrio ecológico sufrió cambios por la excesiva tala de bosques para el tendido de los ferrocarriles y la edificación de asentamientos humanos. Las minas se fueron agotando, al igual que los huertos y las hortalizas familiares, y los efectos en las grandes urbes no se hicieron esperar. (38)

(36) Link, op. cit., p. 535.

(37) Morrison, op. cit., p. 470.

(38) Véase inciso 2.2., p. 76.

Para el año de 1889, el presidente Benjamin Harrison se vio obligado a exigir al Congreso una resolución formal al dilema de los monopolios. A pesar de que aquél pertenecía al Partido Republicano, cuya tradición política mostraba la alianza con el mundo de los negocios, la excesiva exaltación de las mayorías precisó que tanto republicanos como demócratas incorporaran a sus idearios con signas para regularlo. Como resultado de lo anterior se elaboró la ley Sherman Antitrust cuya aprobación se dio en julio de 1890. En ella, se declaraba ilegal todo contrato, asociación o monopolio que restringiera el libre comercio entre los estados, o entre los Estados Unidos y los países del extranjero. Se establecían penas de multas y prisión a los infractores y se facultaba a los tribunales federales para delimitar las violaciones de la ley.

Sin embargo, la redacción de dicho estatuto fue tan general que se prestó a que su interpretación, por parte de los distintos tribunales, fuera demasiado ambigua, denotando así la falta de interés del gobierno para imponerla con severidad. La formación de monopolios continuó tranquilamente durante la segunda presidencia de Grover Cleveland y el mandato de William McKinley, mientras que la Ley Sherman fue utilizada por los empresarios para atacar con eficacia a los sindicatos obreros.

#### 1.2.5. La Tarifa McKinley.

A partir de 1887, la cuestión de los aranceles cobró una importancia trascendental en los ámbitos económico y político. Cuando el presidente Cleveland abogó públicamente por la reducción de los entonces vigentes derechos de importación, la Cámara de Repre-

sentantes respondió a su favor gracias a que tanto el poder ejecutivo como la mayoría de los representantes pertenecía al Partido Demócrata. No obstante eso, el control ejercido por los republicanos en el Senado llevó al rechazo de la propuesta, dando a conocer un proyecto contrario el cual, a su vez, fue descartado por los demócratas.

El asunto arancelario quedó entonces estancado hasta el ascenso a la presidencia de Harrison en 1889. Para entonces, su correligionario William McKinley elaboró una iniciativa de ley que aumentaba en un 49.5% las cargas fiscales a la mayoría de las importaciones que competían con la producción nacional.<sup>(39)</sup> Gracias a que el Partido Republicano había reconquistado el predominio en ambas cámaras del Congreso —además de la presidencia—, la Tarifa McKinley fue admitida el 1º de octubre de 1890, victoria que le valdría a su autor el cargo de jefe del ejecutivo siete años más tarde. Empero, la ejecución del citado reglamento no se realizó de inmediato, ante la oposición de un grupo de senadores del Oeste que reclamaba una ley en pro de la libre acuñación de plata para entonces otorgar su voto a favor de la tarifa.

El precio de la plata en el mercado internacional había decaído y los republicanos pugnaban por una moneda respaldada con reservas de oro, aunque decidieron ceder y concertar un compromiso con sus opositores para salvaguardar el proteccionismo económico. Así, se impusieron a la vez una política de elevados aranceles y una legislación sobre compras de plata.

(39) Faulkner, op. cit., p. 616.

Ninguna legislación anterior a la McKinley amparaba la cantidad de productos contemplados por ésta; se establecían mayores impuestos sobre las calidades más finas de algodones, lanas, hilos y prendas de vestir, el hierro, acero, hojalata y vidrio, así como sobre los productos agrícolas. A algunos bienes de consumo no producidos en el país —como el té, el café y las especias— se les exentó del pago de aranceles y, en el caso del azúcar, a la cual también se permitió la entrada libre, se le concedió un subsidio para proteger a los productores nacionales con el doble propósito de ganar la adhesión del sector agrícola.<sup>(40)</sup>

Como era de esperarse, los directamente beneficiados por las medidas proteccionistas fueron los amos del capital monopólico, ya que pudieron elevar sus precios libremente gracias a la ausencia de productos extranjeros que compitieran con ellos. El alza en el costo de la vida no tardó en hacerse sentir, afectando muy en especial a los estratos sociales medios e inferiores; el descontento de éstos fue la coyuntura aprovechada por los demócratas para evidenciar los errores de sus rivales y lograr el apoyo suficiente para alcanzar la superioridad en el Congreso, e incluso la presidencia en las elecciones de 1892.

#### 1.2.6. Las crisis económicas de 1873 y 1893.

El acelerado ritmo de la economía norteamericana durante las tres décadas que siguieron a la Guerra Civil no pudo evadir etapas difíciles. Los altibajos característicos de toda sociedad capitalista se evidenciaron en dos graves depresiones que pusieron en tela de juicio las ventajas del patrón industrial.

<sup>40</sup> Idem.

La especulación, el derroche y las precipitadas inversiones re queridas para la expansión de la red ferroviaria nacional, habían re basado la capacidad del sistema financiero del país. En septiembre de 1873, y a la par del alboroto popular ocasionado por la corrupción del régimen de Ulysses S. Grant, se desató una cadena de quiebras económicas que afectó seriamente al mundo de los negocios. La compañía Jay Cooke —el organismo bancario más importante de aquella época— cayó en bancarota al financiar la construcción del ferrocarril Northern Pacific y otorgar créditos en demasía, sin tomar en cuenta la inflación en el mercado de valores y la desfavora ble balanza comercial con Europa, ocasionada por el descenso de sus inversiones en los Estados Unidos debido a la guerra franco-prusiana. De esta forma, el colapso se generalizó durante los dos años siguientes, ante el desplome de 18,000 negocios y 89 compañías ferrocarrileras.<sup>(41)</sup> Además, la imposibilidad de obtener utilidades a corto plazo inutilizó el funcionamiento de los bancos, obligando al cierre de la Bolsa de Valores de Nueva York y a la suspensión parcial de los pagos en efectivo.

La crisis se recrudeció durante cinco años ocasionando reco rtes salariales, desempleo masivo —medio millón de obreros para 1875— huelgas y cierre de fábricas. Los precios de los productos agrícolas también resintieron los efectos del desequilibrio económico, pues disminuyeron tanto que los granjeros tuvieron que dejar de pagar las hipotecas de sus propiedades, llegando en muchas ocasiones hasta quedarse sin hogar. Para resolver el caos en el que se encontraba la nación, el Departamento del Tesoro decidió reinte grar a la circulación 26 millones de dólares en billetes greenbacks

(41) Blum, op. cit., p. 406.

(o de dorso verde), los cuales habían sido retirados del mercado por carecer del respaldo suficiente, pero la medida no pudo llevarse a efecto por la oposición del Congreso. (42)

Sin embargo, para mitigar el malestar de los más afectados —aquéllos que como los agricultores tenían deudas en su haber— se ampliaron las facilidades de crédito al público en general. En el Sur y el Oeste se abrieron más instituciones bancarias, con lo cual se les dio una mayor participación en los beneficios de la banca del país. Esta disposición propició el crecimiento del sector agrícola, el cual logró sacar a flote a la economía por medio de las exportaciones y el consiguiente ingreso de divisas que facilitaron la reunión del capital suficiente para la habilitación de nuevas empresas en 1879.

Durante 1884 se produjo otra crisis financiera de menor relevancia ya que la bonanza del Oeste, el incremento de las inversiones y los préstamos del extranjero contribuyeron a la recuperación de la economía para fines de los años ochenta. (43)

El Pánico de 1893 surgió como consecuencia directa de la desproporción entre los escasos ingresos y los elevados gastos de la administración de Benjamin Harrison. Los excedentes que el Ministerio de Hacienda había conseguido reunir a partir de 1887 ya no existían, debido al despilfarro y a los altos derechos aduaneros impuestos por la Tarifa McKinley que desalentaron las importaciones.

El triunfo en las elecciones presidenciales de 1892 del Partido Demócrata auguraba el cambio en las políticas aduanera y moneta-

(42) Ibidem, p. 407.

(43) The Encyclopedia..., p. 216.

ria del gobierno. No obstante, al asumir la presidencia Grover Cleveland, éste defendió el patrón oro y anuló la Ley Sherman de Compras de Plata, (44) favoreciendo los intereses republicanos. El des concierto del público ahorrador no se hizo esperar, ante la descon fianza en la estructura político-económica de la nación.

Las reservas nacionales de oro habían disminuido a menos de 100 millones de dólares para el 22 de abril de 1893, bajando casi un 50% más después de siete meses. (45) Así, se desató ese año el "crac" de cientos de bancos —principalmente de la región Oeste del país—, además de la quiebra de 74 grandes consorcios y 15,000 comercios. Hacia fines de 1894 la tragedia abarcaba ya a 194 empre sas ferroviarias, incluyendo la Philadelphia and Reading, la Erie, la Northern Pacific y la Union Pacific. (46) La producción indus trial también decreció, afectándose seriamente la explotación del hierro y del carbón; mientras tanto, los agricultores se sumían en la desgracia por la baja demanda de sus productos, aunada a una ma la cosecha de maíz.

Empero, Cleveland insistía en defender el patrón oro, pues creía ver en él la salvación del ordenamiento económico; por ello, negoció tres préstamos para el gobierno federal con un grupo de ban queros entre los que destacaba el magnate John Pierpont Morgan. Esta decisión fue severamente criticada por los sectores obrero y

(44) Ley aprobada en 1890 por el Congreso, en la que el gobierno se comprometió a comprar mensualmente 4.5 millones de onzas de plata, pagándolas con billetes del Tesoro amortizados en oro. La medida disminuyó las reservas de este último de \$190 millones en 1890 a \$100 millones de dólares para 1893. Bernard Bailyn, et al., The great republic, a history of the American people, Lexington, Mass., Heath and Co., 1977, p. 884.

(45) Faulkner, op. cit., p. 585.

(46) Idem.

agrícola, ocasionando la escisión del Partido Demócrata en dos facciones; una que respaldaba a los platistas y que se alía con el Partido Populista en la campaña presidencial de 1896, promoviendo la candidatura de William Jennings Bryan, y otra que favorecía la moneda fuerte y que, aunque no se unió a los republicanos, apoyó la postulación de McKinley. Esta polémica culminaría en una de las elecciones más reñidas de la historia norteamericana.

Irritación social, tres millones de desempleados, represión y huelgas —incluyendo el conflicto laboral de la compañía de ferrocarriles Pullman<sup>(47)</sup> y la marcha del Ejército de Coxe<sup>(48)</sup> quedaron como saldo de la más grave depresión sufrida por los Estados Unidos durante el siglo XIX. En tanto la clase adinerada del Noreste aplaudía las decisiones de Cleveland, por haber derogado la ley favorable a la plata y respaldar de la manera más parcial sus intereses, los trabajadores y los granjeros se unían para protestar contra el gobierno, el sistema monetario y crediticio y, en general, contra el capital monopólico, cuyas acciones habían llevado a gran parte de los estadounidenses al empobrecimiento y a la desesperación. Esta serie de fatalidades terminaría en 1897, cuando la economía volvió a encontrar su cauce en la tendencia imperialista.

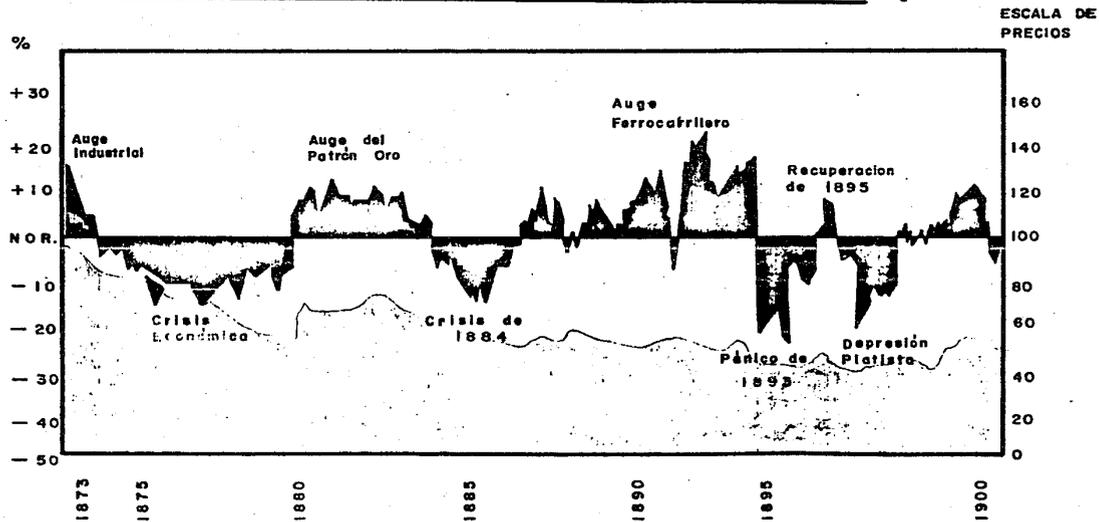
### 1.3. El nuevo ámbito del trabajo.

A la par del desarrollo industrial se fueron llevando a cabo cambios profundos en la composición y estructura de la clase trabajadora. Todavía durante la Guerra Civil el campo absorbía la mayor parte de la mano de obra, además de que el 50% de ella laboraba en

(47) Véase inciso 1.3.3.5., p. 66.

(48) Véase inciso 1.3.3.6., p. 69.

Cuadro 4. La Economía de los Estados Unidos, 1873-1900<sup>(49)</sup>



(49) En Bailyn, op. cit., p. 833.

forma independiente.<sup>(50)</sup> En cambio, para fines del XIX la situación se había modificado en gran parte, puesto que creció notablemente el número de trabajadores asalariados en las fábricas, las minas y los servicios.

La nueva división del trabajo también acarreó sus contradicciones. Pese a que el nivel de vida de cientos de obreros mejoró, la brecha entre ricos y pobres se hizo más grande, favoreciendo la identificación de la clase trabajadora entre sí y la consiguiente aparición de una solidaridad gremial. La constitución de un cuerpo permanente de asalariados, sometidos a la explotación y realizando sus tareas en pésimas condiciones, chocaba con las ideas y valores que sobre la función del trabajo compartían los estadounidenses. Cuando el sistema de fábrica se popularizó, el artesano cedió por completo su lugar al obrero industrial semi-especializado, y el taller casero o artesanal a la fábrica. Los consecuentes aumentos en la productividad no fueron atribuibles en exclusiva a las máquinas, sino que la disciplina y los hábitos de trabajo impuestos por la industrialización jugaron a su vez un rol fundamental para optimizar el rendimiento de la fuerza laboral.

Los periodos alternos de trabajo intenso y ociosidad que normaban la vida de artesanos y agricultores de la era pre-industrial, sufrieron transformaciones pese a la resistencia de muchos. Las exigencias de la producción manufacturera demandaban cautela y atención permanente en el trabajo, además del establecimiento de horarios fijos. El obrero se vio cada vez más atado a un orden en el que el tiempo medía su labor; la sirena de la fábrica indicaba

(50) Link, op. cit., p. 507.

ahora el momento del inicio y término de la jornada diaria.

De esta forma, los trabajadores fueron integrándose a una rutina que los alejó aún más del control de la producción, misma que se agravó con el perfeccionamiento de los métodos administrativos y la sofisticación de las herramientas de trabajo. Sólo la resistencia ante dicha pérdida de control, así como ante los abusos de los monopolios, hicieron posible la organización de los obreros en torno a sindicatos que aglutinaban y daban cauce a sus demandas.



### 1.3.1. Los integrantes de la fuerza de trabajo.

La difusión del sistema de fábrica, el desamparo de cientos de familias como consecuencia de la guerra y el bajo nivel de vida de grandes núcleos de población, (52) propiciaron la integración masiva de la mujer y de los niños al trabajo asalariado. En el caso de la primera, su participación giró alrededor de las industrias elaboradoras de jabón, conserva de alimentos y confección textil, debido a que con anterioridad dichas actividades formaban parte de las labores domésticas, sin que esto descartara la presencia femenina en ocupaciones como la minería.

Las mujeres solían laborar periodos irregulares, siendo víctimas del "trabajo a domicilio", sistema por el cual se entregaba trabajo para que las obreras lo realizaran en su propia casa. Por lo común, las mujeres no se afiliaban a los sindicatos a pesar de la creciente demanda de su fuerza de trabajo, debido al rechazo de muchos de ellos, entre los que destacaba la Federación Americana del Trabajo. (53) Si en 1880 las mujeres representaban el 15.2% del total de trabajadores en el país, diez años más tarde dicho porcentaje se elevaría a 17.2%, correspondiendo a más de 4 millones. (54)

(52) Bajo nivel de vida en relación con las expectativas de ascenso acelerado dentro de la escala social.

(53) Véase inciso 1.3.2.3., p. 56.

(54) United States Department of Labor, Handbook of Facts on Women Workers, Washington, Government Printing Office, 1948 (Women's Bureau Bulletin, 225) p. 1. La estadística de 1890 incluye cerca de 300,000 mujeres menores de 15 años de edad.

Contratadas siempre con los salarios más bajos, las mujeres sufrían una intensa explotación; recibiendo \$1.56 ds. semanales mientras los varones recibían entre \$7 y \$9 por trabajos similares.<sup>(55)</sup> A las tareas domésticas y responsabilidades familiares, se añadió un promedio diario de 10 horas de trabajo remunerado, el cual repercutiría en detrimento de la salud física y mental del sexo femenino. Además, tanto la educación como la capacitación para el trabajo continuaban restringidas para la mayoría de norteamericanas de la segunda mitad del siglo XIX.<sup>(56)</sup>

No obstante las adversas condiciones en las que se encontraba la mujer, esta misma situación favoreció su toma de conciencia, solidaridad y organización. Una vez que se supo capaz y autosuficiente, comenzó a demandar reconocimiento por parte de la sociedad. La lucha por obtener el derecho al voto —iniciada en 1848 y consolidada hasta 1920— y la igualdad con los hombres,<sup>(57)</sup> se sumó a las exigencias de salarios más altos y mejores condiciones de trabajo. Pese a que los resultados no fueron inmediatos, la determinación de las mujeres de aquella época sería trascendental para el movimiento subsecuente de liberación femenina. Cabe señalar que entre las victorias obtenidas por la mujer hacia finales del siglo pasado destacaron el derecho otorgado por 19 estados para votar en asuntos educativos y el concedido por otros tres referente a su participación en decisiones económicas como la fijación de impuestos (1890).

(55) Norton, op. cit., p. 482.

(56) Para profundizar en la problemática de la mujer norteamericana véase: Eleanor Flexner, Century of struggle: The Women's Rights Movement in the United States, Cambridge, Mass., Belknap-Harvard University Press, 1962.

(57) Como ejemplo de la desigualdad entre los sexos, se puede mencionar el hecho de que a las mujeres se les excluía del ejercicio de distintas profesiones, principalmente de la médica, o si se les admitía, se les obligaba a pasar pruebas de aptitud antes de obtener el permiso para ejercerlas libremente.

El pujante desarrollo del capitalismo industrial continuó requiriendo de mano de obra barata para optimizar sus ganancias; fue entonces que los menores de edad siguieron aumentando en las filas de obreros explotados. Con el pretexto de que el trabajo fabril era una "bendición" que contrarrestaba los vicios a que el ocio podría conducir a los niños, miles de éstos fueron obligados a laborar de sol a sol y realizando duras faenas. Así, el censo de 1870 registraba 739,164 menores, entre los 10 y los 15 años de edad, ocupados en trabajos remunerados y de los cuales un poco menos del 50% eran niñas. (58)

El trabajo infantil era requerido en las minas, las tejedurías, la agricultura, los talleres y los establecimientos mercantiles. Tanto en jornadas diurnas como nocturnas, los patrones sometían a los infantes a esfuerzos físicos y ocupaciones peligrosas, sin reparar en el riesgo que corrían. La educación escolar, ampliamente difundida entre 1865 y 1895, era una realidad para los niños de clase media y alta, pero casi desconocida para los pequeños de la clase trabajadora.

Aunque estas circunstancias se mantuvieron hasta ya entrado el siglo XX, las presiones ejercidas por grupos como el de los radicales socialistas o el de las mujeres sufragistas, consiguieron que algunas legislaturas adoptaran medidas en favor de los niños obreros. Massachusetts, por ejemplo, había limitado en 1842 la jornada para los menores de 10 años y prohibió en 1867 la semana laboral de más de 60 horas para los menores de 16. Con el correr de los años, la sociedad norteamericana tendría que reconocer en la ni

(58) Faulkner, op. cit., p. 529.

ñez su propio futuro como nación, ante lo cual se proscribió el empleo de los menores de 18 años.

Cabe hacer mención que el trabajo infantil fue muy común en las familias de los inmigrantes recién llegados y entre los blancos pobres del Sur, donde la presión económica era más fuerte que en otros sectores sociales.

La competencia en el mercado de trabajo se agudizó no sólo por la integración de las mujeres y los niños a la fuerza de trabajo, sino por la incesante ola de inmigrantes extranjeros. El trabajador calificado nacido en los Estados Unidos, de sexo masculino, sería así el más perjudicado por dicha contienda, pues su nivel salarial descendió y en muchas ocasiones fue desplazado hasta quedar en el desempleo.

Atraídos por las oportunidades que creían existentes en la nación norteamericana, huyendo de persecuciones religiosas y guerras como las ocasionadas por la desintegración del Imperio Otomano, o a causa de la explosión demográfica y el desplazamiento de la mano de obra promovida por la revolución industrial europea, arribaron miles de inmigrantes al país. Las condiciones a las que tuvieron que hacer frente fueron por lo general difíciles, viéndose obligados a hacinarse en las áreas urbanas y aceptar trabajos pesados y mal remunerados.

Para los años ochenta del siglo pasado la inmigración de alemanes era la más abundante, seguida por la de los británicos (ingleses, escoceses y galeses).<sup>(59)</sup> Ambas corrientes llegaron a trabajar como artesanos especializados, granjeros, mineros y empleados

(59) Véase cuadro 6, p. 75.

de oficina. Los irlandeses también continuaban ingresando —aunque no de manera masiva como aconteció en los años cuarenta, con motivo de la hambruna en Irlanda— asentándose en la región Noreste como obreros, o en el lejano Oeste como mineros.

Los franco-canadienses se dirigían a las tejedurías de Nueva Inglaterra; los chinos se encontraban en todos los lugares por donde se construían vías férreas; los judíos-rusos abundaban en la industria neoyorkina del cigarro; los italianos, polacos y húngaros eran contratados con facilidad en las minas de carbón, puesto que su pretendida obediencia permitía a los patrones utilizarlos como rompe-huelgas; los inmigrantes escandinavos poseían una característica peculiar, en tanto que preferían establecerse como campesinos en las praderas. (60)

El 60% de los extranjeros que arribaron a los Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX eran varones solteros, cuyas edades oscilaban entre los 15 y los 39 años. De las múltiples nacionalidades, etnias y religiones que componían la corriente migratoria, los británicos protestantes fueron los más aceptados y asimilados por la sociedad norteamericana, debido a los vínculos históricos existentes.

El apogeo de la industria y el triunfo del Norte sobre el Sur propició también una migración interna; muchos campesinos preferían abandonar sus tierras y probar suerte como obreros fabriles. Así, los enfrentamientos entre trabajadores no se hicieron esperar, como resultado de la excesiva oferta de mano de obra a la cual se agregaban los negros recién liberados.

100 John Higham, Strangers in the Land: Patterns of American Nativism 1860-1925, New York, Atheneum, 1931, p. 15, 47-48, 71.

La carencia de un proyecto nacional para integrar y adaptar a los negros a una sociedad libre, acarrea diversas complicaciones para la estructura económica norteamericana. Debido al escaso contacto que habían tenido los ex-esclavos con el mundo de la tecnología industrial, muy pocos de ellos pudieron acomodarse como obreros. Una cantidad importante de negros se movilizó hacia el Noreste del país, dedicándose a laborar en el área de servicios, sobreviviendo como subempleados o acrecentando el número de dependientes de la caridad pública.

Sin embargo, el mayor porcentaje de familias de color permanecieron en el Sur como campesinos aparceros, en donde se les explotó cruelmente. La situación del negro, ya fuese obrero o campesino, se había tornado más seria, al extremo de que algunos economistas sostenían que la condición de esclavo en el antiguo Sur era preferible a la de asalariado o aparcerero. Así el sueco Gunnar Myrdal señalaba en 1944 que, después de la emancipación, los libertos quedaron en una precaria posición de castas, además de que como grupo se le coartó prácticamente la entrada a los nuevos territorios del Suroeste.<sup>(61)</sup> Posteriormente, historiadores como Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman han realizado investigaciones que demuestran que el valor energético de la dieta de los esclavos "superaba al de los hombres libres en más de un 10% en 1879".<sup>(62)</sup>

(61) Citado por Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, Tiempo en la cruz. La economía esclavista en los Estados Unidos, Madrid, Siglo XXI de España, 1981, p. 222.

(62) Ibíd., p. 96.

### 1.3.2. Formación de organizaciones obreras.

El creciente poderío del capital y la gran afluencia de inmigrantes, permitieron a los empresarios hacer frente a la demanda de mano de obra y presentar una resistencia común ante los organismos sindicales. No obstante que la historia de las organizaciones obreras se remonta en los Estados Unidos hasta finales del siglo XVIII (1770-1790),<sup>(63)</sup> sus luchas sólo rebasaron realmente el ámbito local con la aparición de una clase asalariada numerosa en las últimas décadas del XIX.

La desaparición de las pequeñas industrias modificó la relación entre empleados y empleadores, una vez que imposibilitó la relación personal entre unos y otros, debido a la compleja estructura de los recién constituidos monopolios. Además, las pésimas condiciones de trabajo que contemplaban entre otras cosas el sistema de pagos de salarios en especie, las largas jornadas de labor, la insalubridad de los centros de trabajo, la paga insuficiente, la inhumana explotación de mujeres y niños, la falta de una legislación sobre el trabajo, etc., obligaron a los obreros a desarrollar un movimiento organizado para su defensa.

Aunque por lo general suelen atribuirse a la actividad de los monopolios todos los males que aquejaban a la clase trabajadora, es indispensable resaltar que su aparición dio un gran impulso al movimiento obrero. Las grandes fábricas concentraron a miles de trabajadores en ciudades, lo que posibilitó su relación permanente, el intercambio de ideas y una alianza para enfrentar los embates de los patrones. Los avances en la industria tipográfica favo-

(63) Faulkner, op. cit., p. 345.

recieron el nacimiento de una prensa obrera, misma que propició la comunicación entre los diferentes organismos sindicales y coadyuvó al conocimiento de los problemas que les atañían a los trabajadores.

De esta forma, para 1870 existían en los Estados Unidos cerca de 32 sindicatos obreros —principalmente de trabajadores calificados, cuyos empleos eran más vulnerables como ya se mencionó con anterioridad — además de celebrarse asambleas gremiales en los principales centros urbanos e instituirse incluso bibliotecas para trabajadores. (64) EL sistema capitalista norteamericano enfrentaba ahora un nuevo dilema, la imposibilidad de contener el descontento de las mayorías asalariadas, ante lo cual hubo de plegarse aceptando la creación de grandes centrales obreras. (65)

#### 1.3.2.1. La Unión Nacional del Trabajo (NLU). (66)

Entre 1866 y 1869, un gran número de obreros que formaban parte de distintos organismos gremiales y que habían participado en la Guerra Civil contra el trabajo esclavo, decidieron reunirse en torno a la que sería una de las primeras asociaciones obreras de carácter nacional en los Estados Unidos, la NLU. Bajo la dirección de W.H. Sylvis, esta federación logró celebrar siete convenciones nacionales y agrupar en sus filas a 600,000 miembros.

(64) Ibidem, p. 508-510.

(65) Es necesario enfatizar que el movimiento sindicalista fue relevante entre los obreros de la construcción, del transporte, de las comunicaciones y de la manufactura, habiendo quedado excluidos grandes segmentos de la clase trabajadora.

(66) National Labor Union.

La organización aceptaba a todo tipo de trabajadores sin importar las diferencias de calificación, oficio, sexo, raza o nacionalidad, además de enfocar su política hacia la formación de empresas cooperativas en las cuales creía encontrar la solución ideal a los problemas de los asalariados. Para 1870, la NLU había logrado disminuir la jornada de trabajo de 11 a 10.5 horas y mantener en un nivel favorable a los obreros la relación salarios-precios. Su líder había clamado ante el Congreso en favor del reconocimiento del derecho de sindicalización para los negros y las mujeres y por la creación de un departamento federal para el trabajo. (67)

La gran apertura mostrada por la NLU respecto a la composición de sus agremiados reflejaba una postura reformista. (68) Llegó a integrar a profesionistas, agricultores, pequeños empresarios y mujeres sufragistas. Por ello, su programa de acción debía atender no sólo a las peticiones de la clase obrera, sino también a las de la clase media. Cuando en 1872 la NLU decidió entrar a la contienda política, patrocinando un partido obrero: el Partido Reforma Obrera Nacional, (69) sus candidatos a la presidencia y a la vicepresidencia rehusaron la postulación. Esto no sólo fue la prueba fehaciente del debilitamiento interno del sindicato a causa de la incapacidad para organizarse y satisfacer las demandas de los afiliados, sino también su fracaso por el ridículo ante la opinión pública. Así, la principal base de apoyo, constituida por los gremios

(67) Angel Fojo de Diego, Movimientos de clase en U.S.A. 1860-1980. Primera Parte: Movimientos de clase, Estado y Reconstrucción Capitalista, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (Tesis), 1981, p. 31-33.

(68) Morison, op. cit., p. 466.

(69) Labor Reform Party.

de tipógrafos, de cigarreros y de moldeadores de acero, se le retiró y pasó a formar parte de la Orden de los Caballeros del Trabajo.

#### 1.3.2.2. La Orden de los Caballeros del Trabajo (K of L). (70)

La etapa difícil que se extendió en los Estados Unidos desde 1873 hasta 1880, estuvo acompañada por la inseguridad en la esfera de los negocios, la desocupación y el estallido de huelgas y manifestaciones de violencia social. Esto trajo como consecuencia el descrédito del movimiento sindicalista, al grado de que sólo el 18% de las organizaciones obreras nacionales lograron superar los años de penuria. (71) Los trabajadores orientaron su atención hacia la acción política directa o la formación de sociedades secretas que perseguían proteger el empleo de sus miembros, ante las reiteradas amenazas de los patrones de despedir a todo aquel obrero vinculado a los sindicatos o agrupaciones de trabajadores.

Una de esas organizaciones bautizada bajo el nombre de la Noble Orden de los Caballeros del Trabajo y que había sido creada desde 1869 por un obrero de la industria del vestido, Uriah S. Stephens, cobraría gran importancia en los años posteriores a la crisis. El propósito central de este organismo fue el de mejorar la situación de los trabajadores por medio de la lucha en pro de la jornada de ocho horas, del establecimiento de un impuesto sobre la herencia y los ingresos de los capitalistas, de la indemnización por accidentes de trabajo y de la apropiación social de las tie-

(70) The Knights of Labor.

(71) Faulkner, op. cit., p. 511.

rras desocupadas. Además, instaba a la creación de cooperativas para que los mismos obreros controlaran la producción y distribución de mercaderías, e inculcaba en sus agremiados la necesidad de elevar el nivel de vida del asalariado por medio de la educación y la organización. Como la mayoría de los sindicatos norteamericanos, la Orden sustentaba una postura reformista en tanto que deploraba las huelgas y hacía explícita su intención de no entrar en conflicto con el capital. (72)

Para 1875 se celebró su primera convención nacional en el estado de Pennsylvania. Su carácter secreto creó desconfianza en diversos ámbitos, por lo que los Caballeros tuvieron que salir de la clandestinidad (1881). Cinco años después, sus afiliados eran ya 700,000, cantidad que se elevó a casi un millón para el momento de mayor auge del sindicato. La composición de la Orden era heterogénea, ya que en sus inicios aceptaba por igual a trabajadores de ambos sexos, calificados o no, blancos y negros, etc. Más adelante, se exigió que tres cuartas partes de sus integrantes fueran asalariados, abriéndose el ingreso al organismo a agricultores, empleados y pequeños comerciantes, creciendo aún más la diversidad del grupo. Dadas estas circunstancias, las divergencias en cuanto a la política que se habría de adoptar fueron ineludibles.

Como resultado aparecieron dos corrientes dentro de la K of L; una que apoyaba las reformas y la negociación política con los capitalistas y otra que exigía la acción directa en contra de ellos. Este último bando demostró ser el más combativo, involucrando a los Caballeros en numerosas huelgas y manifestaciones violentas,

(72) Fojo, op. cit., p. 29.

entre las cuales destacó el motín de Haymarket Square en 1882.<sup>(73)</sup> No obstante, es necesario remarcar que dicho incidente trajo consigo el debilitamiento sucesivo de la Orden, dado que minó su prestigio y sumió a sus dirigentes en el temor y la angustia. Además, la exacerbada centralización del mando dentro de la propia agrupación provocó el recelo de los miembros, contribuyendo también a su disolución la creciente popularidad de un nuevo sindicato, la Federación Americana del Trabajo.

Las insistentes demandas de la Noble Orden cosecharon frutos en 1883, cuando la Cámara de Representantes estableció un comité de trabajo permanente, mismo que un año más tarde se convirtió en órgano federal bajo el nombre de Departamento del Trabajo, cuyo propósito fue el de arbitrar en forma oficial las relaciones entre el capital y el trabajo. Los Caballeros se desintegraron después de 1888, pero su trayectoria dejó honda huella en el movimiento obrero norteamericano porque su experiencia demostró la necesidad de organización y solidaridad de los trabajadores en torno a una clase activa.

(73) Véase inciso 1.3.3.3., p. 62.



como mecanismo de protección ante las condiciones de crisis económica que habían vivido los Estados Unidos aunadas al desplazamiento de la mano de obra calificada por las innovaciones tecnológicas y la desmedida ola de inmigrantes. Asimismo, el funcionamiento de la federación se llevaba a cabo de manera descentralizada, con una serie de órganos directivos y con determinadas instancias de coordinación y representación. Cada uno de los miembros se obligaba a pagar una cuota al organismo, gracias a las cuales la AFL se hizo de grandes fondos que le permitieron adquirir un edificio en Washington para fijar allí sus oficinas principales.

El programa de acción de la AFL reivindicaba 5 puntos básicos: la defensa y el aumento del salario, el control y la disminución de la jornada laboral, el mejoramiento constante de las condiciones de trabajo, el reconocimiento oficial de los sindicatos y el derecho de los obreros para negociar o exigir a los patrones incluso por medio de la huelga. Sin embargo, la fuerza de la AFL se vió limitada, ante la reticencia de sus líderes para actuar en el campo de la política con el propósito de no cuestionar el orden establecido. Esto, aunado al rechazo a aliarse con los intelectuales, propició que fungiera como órgano legitimador del sistema, puesto que no ofrecía a los obreros una opción independiente.

El crecimiento de la Federación fue muy lento en un principio comparado con los registrados por la NLU y la K of L. Para 1890 contaba con sólo 100,000 miembros, los cuales aumentaron paulatinamente hasta llegar a un total de dos millones en 1914.<sup>(77)</sup> A sus filas ingresaron agrupaciones de clase media, tales como la Liga

(77) Faulkner, op. cit., p. 514.

Nacional de Consumidores y la Federación Cívica Nacional. La necesidad de renovación fue obrando modificaciones en la actitud del sindicato. Este se involucró abiertamente en la política cuando dio su apoyo al Partido Demócrata en las elecciones presidenciales de 1908, 1912 y 1916, al igual que en las diversas ocasiones en que abogó a favor de los sindicatos, proponiendo modificaciones a la Ley Sherman Antitrust.

No obstante el propósito de la AFL de apartarse de posiciones radicales optando por la negociación con los patrones para establecer contratos colectivos de trabajo, cuantas veces fue necesario llegar a la huelga o al boicot no vaciló en secundarlos. Así, las huelgas aumentaron en el país como medio para exigir aumentos salariales o bien el reconocimiento del propio sindicato. Sin embargo, los empleadores supieron reconocer a tiempo la influencia estabilizadora de la central obrera, por lo que en la mayoría de los casos se llegó a un acuerdo.

### 1.3.3. Descontento obrero y represión.

Desde 1870 y hasta ya entrado el siglo XX, el desarrollo de las fuerzas productivas norteamericanas se caracterizó por la presencia de un serio conflicto entre obreros y patrones. Tanto manifestaciones aisladas o espontáneas, como revueltas masivas, se dejaron sentir por toda la nación siendo más peculiares en las áreas urbanas. Huelgas y boicots concluyeron en enfrentamientos violentos entre trabajadores, fuerzas públicas y grupos de esquirols. La presión de la que era objeto la clase obrera colmó su paciencia

hasta verse forzada a salir a las calles en demanda de justicia. Conforme se consolidaba el poderío de los monopolios, la autonomía del trabajador fue disminuyendo ante la necesidad de convertirse en asalariado para garantizar apenas su sobrevivencia. Se trabajaba más a cambio de menos paga: en muchas ocasiones el sueldo iba en relación directa al número de piezas elaboradas por cada operario, con la finalidad de sacar el máximo rendimiento tanto de la maquinaria como de la fuerza de trabajo

La formación de sindicatos y agrupaciones laborales<sup>(78)</sup> fue un elemento que aportó a la cohesión de los obreros a pesar de que las diferencias entre ellos subsistían (etnia, religión, etc.), el simple hecho de sentirse respaldados por una organización propia les impulsó a actuar. Sin embargo, sus exigencias no fueron más allá de la mera demanda de aumento salarial o de mejores condiciones de trabajo,<sup>(79)</sup> y los empleadores echaron mano de la manipulación —por vía de la negociación o de la coerción— para impedir la radicalización de un movimiento que ponía en entredicho las "bondades" del capitalismo norteamericano. Mientras el sistema de explotación se justificaba ante el trabajador diciéndole: "eres libre para buscar otro empleo, si no te parece lo que pago", aquél se veía atrapado por la competencia en el mercado de trabajo y la miseria.

(78) Es menester enfatizar que en los 50 años posteriores a la Guerra Civil, el porcentaje de trabajadores pertenecientes a sindicatos fue relativamente bajo. Factores como la discriminación racial y sexual o el rechazo de la mano de obra no calificada, influyeron para que el porcentaje de la fuerza de trabajo afiliada a sindicatos no excediera al 2% del total. Blum, *op. cit.*, p. 468.

(79) A manera de ejemplo, se puede mencionar lo acontecido en 1881, puesto que del total de huelgas en ese año, sólo 1/16 pugnaba por el reconocimiento sindical mientras que 3/5 de ellas exigían salarios más altos. Faulkner, *op. cit.*, p. 518.

### 1.3.3.1. Los "Molly Maguires".

Bajo este nombre se había agrupado un porcentaje importante de mineros irlandeses que laboraban en los yacimientos de antracita de Pennsylvania. Conformaban una organización secreta, cuyo objetivo era reivindicar la explotación y la discriminación étnica de las cuales eran presa. Aunque la sociedad se había fundado desde 1843, sólo pudo ser descubierta y aniquilada hasta 1876.

La radicalidad de sus acciones sirvió de pretexto al aparato gubernamental para acusar a sus miembros de terroristas y perseguirlos e intimidarlos. Los cargos en su contra incluían asaltos y asesinatos de capataces por lo que, una vez arrestados varios obreros que se suponían militantes de la organización, se tomó la determinación de "darles su merecido". Unos fueron encarcelados y otros —19 en total— enviados a la horca.<sup>(80)</sup>

A pesar de que los "Molly Maguires" no constituían una asociación de trabajadores en el sentido estricto del término, su fama perduraría en la mente de muchos obreros de aquel período a manera de leyenda heroica. Además, el sistema aprovecharía la coyuntura para advertir a las clases oprimidas sobre la suerte que podrían correr si se aliaban a grupos "extremistas", puesto que el buen orden y la libertad justificaban su exterminio.

### 1.3.3.2. Huelgas Ferroviarias.

El año de 1877 marcaría el inicio de una nueva etapa en la historia del movimiento obrero norteamericano, ante la cadena de

(80) The Encyclopedia..., p. 193.

huelgas promovidas por los trabajadores afiliados a sindicatos ferrocarrileros. A mediados del mismo año dichos obreros decidieron realizar paros como protesta por la reducción salarial dictada. La violencia se expandió con rapidez desde Pennsylvania hasta Ohio, Chicago y Missouri, conforme los huelguistas llevaban a cabo el descarrilamiento de vagones y el incendio de los patios ferroviarios. A la par, las milicias privadas los atacaban bayoneta en mano, sin reparar en el número de víctimas, y las plantas contrataban obreros esquiroleos para reemplazar a los sindicáizados.

En muchas ocasiones los ferrocarrileros fueron apoyados por obreros fabriles, mujeres y pequeños comerciantes, los cuales demostraban así su inconformidad ante los abusos de los monopolios. El incidente más grave dentro de esta serie de sucesos ocurrió en Pittsburgh, el 21 de julio, cuando las tropas abrieron fuego sobre una multitud de manifestantes, asesinando a 10 e hiriendo a muchos más. Una vez enardecido el ánimo de la muchedumbre, los milicianos se vieron cercados en una de las bodegas ferroviarias, logrando huir al día siguiente y dejando a su paso 20 cadáveres más. Para esto, los obreros habían ya prendido fuego a las instalaciones de la empresa, destruyendo 39 edificios, 104 máquinas y 1,245 carros de ferrocarril, entre algunos de pasajeros y otros de carga.

Por más de un mes prosiguieron los disturbios en diversas regiones del país, alcanzando a los estados de Texas y California. El presidente Rutherford B. Hayes, alarmado por la situación, decidió la intervención del ejército federal para restablecer el orden y terminar con las huelgas. Esta determinación sería muy significativa

tiva, en tanto que fue la primera vez que un gran número de soldados federales tomaba parte para acallar la irritación de la clase trabajadora. A partir de entonces, este hecho se repetiría como mé todo para suprimir los paros y boicots laborales.

Es posible atribuir a la crisis de 1873 la causa inmediata que originaba la desazón de los trabajadores ferrocarrileros. Los dueños de los negocios ferroviarios pretendían disminuir al máximo sus gastos, con el fin de aminorar las pérdidas económicas y finan cieras acarreadas por la depresión. Fue así que decidieron rebajar los jornales, aumentar la carga de trabajo a los obreros y recortar personal, especialmente aquel que se distinguiera por su vincu lación con organismos sindicales. La desesperación de cientos de trabajadores se vio agravada, por lo que, en muchos casos, sólo les quedó lanzarse a los motines callejeros como recurso para combatir a los monopolios. Sin embargo, los logros fueron pocos y los obreros ferroviarios tuvieron que encarar, a partir de entonces, la vigilancia de guardias armados en muchos centros de trabajo cuya función era la de cuidar los intereses de los amos del capital.

#### 1.3.3.3. Motín de Haymarket Square.

Una vez que pasaron los momentos caóticos de la depresión de 1873 y las condiciones económicas comenzaron a relajarse, el ánimo de los sindicatos cobró nuevo ímpetu. Para comienzos de los años ochenta, un buen número de organizaciones obreras se enfrascó en una campaña en favor de la jornada de 8 horas y la reconquista del control sobre la producción.

Dada la gran concentración de mano de obra en la ciudad de Chicago, dicha campaña adquirió allí miles de simpatizantes dispuestos a alcanzar las metas propuestas. Cerca de 100,000 obreros se aliaron para exigir a los patrones la solución de sus demandas, motivados en mucho por ideas introducidas por los anarquistas afines a la causa.<sup>(81)</sup> La fecha límite que se fijó para obtener una resolución patronal fue el 1º de mayo de 1886. Llegado ese día, la policía de la ciudad fue movilizada para prevenir cualquier disturbio, sobre todo el que se temía causarían los exaltados trabajadores de la fábrica McCormick. La jornada pareció haber transcurrido en calma hasta que, dos días después, las fuerzas armadas irrumpieron para someter una revuelta suscitada entre los huelguistas de dicha compañía y los obreros contratados como esquiroles. El saldo fue de dos obreros asesinados a manos de la policía y varios otros heridos, todos ellos miembros de sindicatos.

En respuesta a la violenta agresión los trabajadores organizados decidieron realizar un mitin de protesta, por la tarde del día 4 de mayo. La multitud se congregó en una explanada aledaña al centro de Chicago, conocida como Haymarket Square. Entonces, los guardianes del orden hicieron su aparición, acompañados de la súbita explosión de una bomba que causó la muerte de 7 personas y cerca de 70 heridos. A raíz de este incidente se desató una ola masiva de arrestos entre los anarquistas y miembros de diferentes sindicatos.

(81) La doctrina anarquista, que proclamaba la desaparición de todo tipo de gobierno y el control de los obreros sobre los medios de producción, se popularizó entre los trabajadores inmigrantes de los Estados Unidos durante la séptima y octava décadas del XIX. Debido a que algunos de sus líderes abogaban en favor de la violencia como instancia para alcanzar sus metas, se les solían atribuir los incidentes virulentos.

A pesar de que nunca se comprobó su culpabilidad, ocho de los detenidos (que resultaron ser todos anarquistas) fueron juzgados y encontrados culpables. Cuatro de ellos fueron ejecutados, otro se suicidó en prisión y los tres restantes obtuvieron la amnistía en 1893, gracias al razonable comportamiento del entonces gobernador de Illinois, John P. Altgeld, que creía firmemente en la inocencia de los acusados y a quienes reconoció públicamente como víctimas de la "feroz malicia" de los tribunales. (82)

Lo sucedido en Haymarket levantaría una reacción a nivel mundial, por lo que el movimiento obrero decidió en 1890 recordar a los obreros mártires de Chicago, celebrando el día internacional del trabajo el 1º de mayo de cada año. En los Estados Unidos surgió por igual una gran polémica entre los intelectuales que pedían se dejara en libertad a los inculpados y los grupos conservadores que aprovechaban el desconcierto para propagar sus temores contra los "radicales". A pesar de que muchos norteamericanos hicieron por primera vez conciencia de que las demandas obreras eran justas, la erupción de más y más huelgas en todo el país durante el mismo año ocasionó un sentimiento de inseguridad ante la participación de grupos anarquistas y socialistas (83) en los disturbios y manifestaciones laborales.

Muchos pagarían las consecuencias para evitar tal inquietud, entre ellos la propia Orden de los Caballeros del Trabajo, que había tomado parte directa en el conflicto de Chicago y por cuya cau

(82) Norton, op. cit., p. 487.

(83) El socialismo había cosechado frutos en los Estados Unidos con la formación del Movimiento Obrero Socialista en 1874. Su pretensión era derrocar al capitalismo a través de una revolución. Apoyaba las reivindicaciones de trabajadores, minorías y mujeres. Por lo general sus seguidores se reclutaban entre los inmigrantes, sin que por ello su número fuera considerable.

sa se debilitó al grado de tener que desaparecer. También muchos grupos de inmigrantes fueron vistos con desconfianza, ya que se les vinculaba a ideologías de corte radical ("izquierdista"). De esta manera, la sociedad WASP<sup>(84)</sup> concedió toda su anuencia para que las fuerzas públicas ejecutaran todo aquello que fuera menester para evitar el colapso del sistema imperante. Por doquier se donaron fondos privados para adiestrar y mejorar al ejército y a las corporaciones policiacas. La clase obrera quedaba ahora a merced de circunstancias especialmente adversas, pues los empresarios decidieron también multiplicar las asociaciones patronales para resistir unidos las huelgas y boicots. Aún cuando dichas organizaciones tuvieron en esta época un incipiente desarrollo, destacaron la Asociación General de Empresarios<sup>(85)</sup> y la Asociación Americana Anti-boicot<sup>(86)</sup> por sus efectivas técnicas para coartar los movimientos laborales.

#### 1.3.3.4. Huelga de Homestead.

La empresa Carnegie Steel Corporation cerró su planta de Homestead, Pennsylvania, en julio de 1892. La decisión provenía del presidente del consorcio acerero, Henry Clay Frick, como respuesta ante la amenaza de huelga de los operarios. El Sindicato Unido de Trabajadores del Hierro y del Acero<sup>(87)</sup> —perteneciente a la AFL— había rechazado los recortes salariales y respaldaba a sus agremiados.

(84) White-anglosaxon-protestant-blanca, anglosajona y protestante.

(85) General Managers Association.

(86) American Anti-Boycott Association.

(87) Amalgamated Association of Iron and Steelworkers.

Frick concertó el empleo de 300 guardias armados para proteger las instalaciones de la fábrica pero, a pocos días de su cierre, estos fueron atacados y sitiados por los obreros. Tropas estatales fueron convocadas entonces para amedrentar a los manifestantes y llevar a cabo la vigilancia del lugar. Estas se dedicaron también a salvaguardar la vida de los esquirols, quienes comenzaron a laborar en la planta.

Sólo hasta después de 5 meses la presión sobre los trabajadores surtió efecto. Un supuesto atentado en contra del "honorable" Sr. Frick, perpetrado por un joven anarquista que ni siquiera pertenecía a los huelguistas, contribuyó para desacreditar aún más al movimiento. La huelga fue levantada y el sindicato disuelto. Las corporaciones asestaban un nuevo golpe a la clase trabajadora, puesto que los obreros de la industria siderúrgica se quedarían sin organización hasta 1930. (88)

#### 1.3.3.5. Huelga Pullman.

La empresa constructora de vagones ferroviarios Pullman venía caracterizándose por un excesivo paternalismo hacia sus trabajadores. Dirigida por George Pullman, la compañía había establecido un asentamiento modelo para un total de 12,000 habitantes, en el cual se ubicaron los obreros del complejo industrial, con sus respectivas familias. La comunidad contaba con iglesia, escuela, banco y edificios habitacionales, además de disfrutar de los sistemas de agua corriente y gas. La propiedad de los predios, así como de todos los inmuebles, quedó en manos de la misma empresa, la cual de-

(88) Norton, op. cit., p. 489.

terminaba el salario de sus trabajadores de acuerdo a los porcentajes que éstos debían pagar por concepto de arrendamiento, servicios y demás prestaciones.

De esta forma el control de la Pullman sobre su personal era casi absoluto, pues los trabajadores dependían íntegramente de ella. Sin embargo, y para prevenir cualquier posible incidente en contra, el consorcio contaba con un equipo de espías que le informaban sobre lo que los obreros comentaban, creían o querían. El objetivo era claro: la empresa tenía interés en mantener "contenta" a la fuerza de trabajo, para evitar al máximo su organización en torno a demandas propias ante las cuales la compañía no estaba dispuesta a ceder.

Conforme arreciaron las dificultades económicas en 1893, la situación de los obreros de la Pullman se tornó crítica ante la disminución de sus salarios entre un 25 y 40%.<sup>(89)</sup> Sometidos al endeudamiento en aras de mantener las utilidades y los pagos a los accionistas, los trabajadores decidieron formar un comité de protesta para que se entrevistara con el señor Pullman y le demandara una solución al empobrecimiento de los obreros. La reacción no se hizo esperar. Tres miembros del comité fueron despedidos.

Para entonces, mayo de 1894, muchos de los que laboraban en la compañía se habían integrado al Sindicato Americano de Trabajadores Ferrocarrileros,<sup>(90)</sup> por lo que determinaron convocar a una huelga en apoyo de sus compañeros. Por decisión de la empresa la planta cerró provocando aún más al sindicato, el cual determinó

(89) Idem.

(90) American Railway Union.

un boicot nacional en contra de todos los vagones Pullman. Liderados por el carismático Eugene V. Debs, los ferrocarrileros ocasionaron un gran caos en el país con la suspensión casi total del servicio.

Los empresarios no tardaron en contratacar, por medio de la obtención de un fallo de los tribunales federales. Este declaraba que el boicot y las actividades del sindicato implicaban una conspiración, puesto que restringían el comercio entre los estados y el envío del correo, además de obstruir la libertad de movimiento de los ciudadanos y sus pertenencias, garantizada por la propia Constitución de los Estados Unidos. De manera paradójica, se había utilizado la propia Ley Sherman contra los monopolios para favorecer a los amos del capital, considerando que tanto las reglas como las prácticas restrictivas de los sindicatos podían contemplarse como una combinación de intereses ilícitos. (91)

A pesar de lo anterior, los obreros persistieron en sus actos. El presidente Grover Cleveland ordenó entonces el envío de tropas federales a Chicago para someter la revuelta, justificando la intervención de la milicia con el supuesto de "salvaguardar la correspondencia". El día 4 de julio de 1894, 2,000 efectivos del ejército arribaron para reprimir a los huelguistas. (92) Pese a los intentos de Debs por contener a sus seguidores, a los cuales se habían sumado cientos de desempleados, la violencia llegó al clímax. Se destruyeron trenes completos, se incendiaron y saquearon edificios. Doce manifestantes fueron acribillados por los soldados.

(91) Sería hasta 1914, con la Ley Clayton, que los sindicatos fueron exceptuados de la aplicación de las leyes contra los trusts. Faulkner, op. cit., p. 496.

(92) Link, op. cit., p. 513.

Antes de un mes la huelga y el boicot habían terminado. Debs fue enviado a prisión, mientras el movimiento obrero norteamericano enfrentaba una de las más graves derrotas de su historia. Los acontecimientos llevarían a Debs al socialismo y más tarde a ocupar su liderazgo, pues creyó ver en aquél la única salida real a la explotación de las mayorías. Sin embargo, es necesario apuntar que sólo en contadas ocasiones los estallidos de violencia que se sucedieron en aquellos años en los Estados Unidos estuvieron organizados por militantes de izquierda, pese a los intentos de la historia oficial por atribuirselos continuamente.

#### 1.3.3.6. El Ejército de Coxey.

En la primavera de 1894, un pequeño empresario de Ohio llamado Jacob S. Coxey, encabezó a un grupo de trabajadores desempleados en una marcha hacia la ciudad de Washington. La intención de los manifestantes era obtener fondos del gobierno federal para superar su mala situación. En aquel momento, y ante las condiciones de crisis económica que se vivían, la desocupación masiva era un fenómeno común.

Coxey había formulado un programa<sup>(93)</sup> para aliviar la pobreza de los sin trabajo, mismo que aparece como antecedente del Rooseveltismo. Este consistía en un proyecto de construcción de obras públicas, que debería estar financiado por medio de \$500 millones de dólares del erario nacional. Las autoridades municipales podrían entonces hacer uso de tales recursos para contratar obreros, reactivar la economía y beneficiar a la comunidad, en tanto que el go-

(93) Véase apéndice, p. 124.

bierno federal no les cobraría intereses. Así las cosas, el objetivo fundamental de los marchistas era atraer la atención pública y la solidaridad de otros grupos de desempleados para presionar al gobierno y obtener su anuencia.

Cerca de 500 obreros llegaron con Coxey hasta la capital. Ahí, las autoridades se negaron a acceder a sus peticiones. El líder y sus dos lugartenientes fueron arrestados por el cargo de "pisar los prados de un parque público" y los manifestantes se dispersaron ante la intervención de la policía. (94)

(94) The Encyclopedia..., p. 76-77.

## 2. LA NUEVA SOCIEDAD URBANA Y SUS PROBLEMAS

## 2.1. Los inmigrantes.

Por lo general, la historia norteamericana de los últimos cuarenta años del XIX presenta el problema de la inmigración ligado a la cuestión obrera, sin hacer hincapié en que varios de sus aspectos transformaron la vida política, social y económica del país. La ola de inmigrantes a los Estados Unidos aunque irregular de acuerdo con las etapas de prosperidad y depresión, rebasó todo lo que al respecto registraba la historia. Así, entre 1880 y 1890 llegaron 5,246,513<sup>(1)</sup> extranjeros con el objeto de ingresar a las filas de trabajadores, ya fuera de manera definitiva o temporal.

A pesar de que los objetivos fundamentales que perseguían los inmigrantes se mantenían invariables desde los orígenes de los primeros asentamientos en Norteamérica —la esperanza de una mejor situación económica o el deseo de libertad religiosa o política—, el impulso para atraer inmigrantes durante el periodo que aquí nos ocupa se debió en mucho al interés de los capitalistas estadounidenses por obtener mano de obra barata y contar con más clientela, tanto para la extensa red ferroviaria como para el mercado de bienes raíces, mismo que había sido concesionado a los trusts ferroviarios para que incentivaran el poblamiento del Oeste. Fue así como se llegaron a establecer convenios entre compañías inmobiliarias y otras de vapores que se encargaban de recorrer Europa en busca de candidatos a inmigrantes.<sup>(2)</sup> El emigrar a los Estados Unidos dejó de ser una aventura tan azarosa, al mismo tiempo que la procedencia de los interesados se diversificó, tal y como se men-

(1) Fojo, op. cit., p. 40

(2) Faulkner, op. cit., p. 535.

cionó en el capítulo anterior cuando se hizo alusión a los integrantes de la fuerza de trabajo.

Ante el acelerado ritmo de la economía y su consecuente necesidad de trabajadores, no resulta extraño que el mayor porcentaje de inmigrantes haya estado compuesto por varones jóvenes. Por otro lado, la heterogeneidad étnica, racial, cultural, religiosa e ideológica de los recién llegados, alteró la estructura social y sus parámetros de conducta, por la interacción de aquéllos con la población nativa. Mientras que a algunos se les dio abiertamente la bienvenida —por lo general a los originarios de las naciones de Europa occidental— a otros se les rechazó con violencia.

Una parte importante de los trabajadores organizados fue de las primeras en oponerse a la afluencia desmesurada de inmigrantes, porque los capitalistas se valían de ellos para mantener bajos súeldos. En uno y otro casos, es posible afirmar que el trabajo de los recién llegados al país constituyó uno de los pilares de la estructura económica.

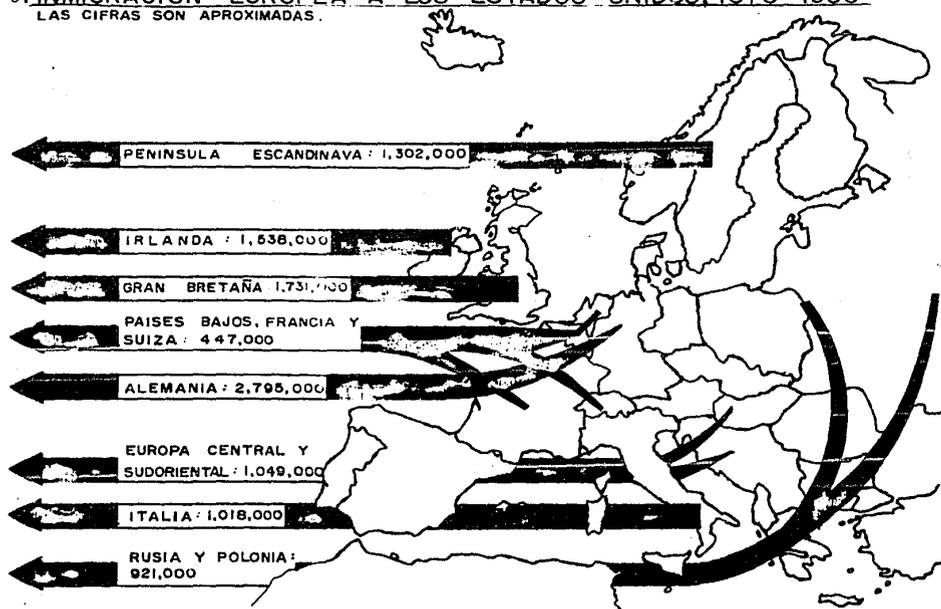
Distintos sectores de la población temían perder sus pequeños privilegios y ver disminuidas sus oportunidades, ante el aumento de la clase trabajadora propiciado por la inmigración. Entre más mano de obra existiera en los Estados Unidos la competencia amenazaba con deprimir los niveles de vida tanto de obreros como de empleados de clase media. Por lo cual, se volvieron a desatar varios movimientos que presionaban en pro de restricciones al ingreso de inmigrantes, justificados por medio de argumentos economicistas e incluso con objeciones de índole racial.

En momentos de crisis económica y con el propósito de evitar conflictos sociales, fue menester crear mecanismos para controlar y "seleccionar" a los inmigrantes. Estos dispositivos fueron desde la imposición de condiciones para otorgarles la naturalización hasta su limitación numérica o total exclusión, como sucedió a los chinos en 1882. Grupos como el Ku-Klux-Klan intensificaron el terrorismo contra los inmigrantes católicos, judíos, asiáticos, mexicanos, etc., pues los consideraban seres "inferiores" incapaces de fundirse con los norteamericanos. Para prevenir mayores consecuencias, el gobierno decidió establecer el Comisariado General de Inmigración (1891), quien se encargaría de atender el asunto.

Es interesante observar la actitud de los trabajadores y de los empresarios de la época respecto al problema de la inmigración. Mientras hubo auge económico, los capitalistas alentaron el caudal migratorio y los sindicatos se le opusieron ferozmente. Sin embargo, las depresiones de 1873 y 1893, con sus secuelas de huelgas y agitación obrera, modificarían la actitud de los patrones ante el peligro que para ellos representaban los miles de inmigrantes desempleados, miembros de sindicatos y líderes de los mismos, los cuales habían adquirido fama por sus ideas radicales. Conforme los inmigrantes fueron encontrando cabida en las filas de los principales organismos obreros, los capitalistas vieron en ellos la causa de la inestabilidad social, la pobreza y el crimen.<sup>(3)</sup> La alianza gobierno-empresarios para someter el malestar de los trabajadores incluyó la coerción en contra de muchos inmigrantes. De esta forma, no fue extraño encontrar algunos extranjeros que prefirieron regresar a sus países de origen antes que permanecer en una sociedad que los hostilizaba.

(3) Higgin, op. cit., p. 52.

Cuadro 6. INMIGRACION EUROPEA A LOS ESTADOS UNIDOS, 1870-1900 <sup>(4)</sup>  
LAS CIFRAS SON APROXIMADAS.



(4) En Wright, op. cit., p. 383.

## 2.2. El crecimiento urbano y sus manifestaciones.

Los Estados Unidos se convertían en la nación de mayor desarrollo urbano del hemisferio occidental. La importancia de las áreas rurales declinaba en vista del éxito de las actividades industriales concentradas en las ciudades. Los centros urbanos pasaron a ser —a partir del año de 1880— fuerza dominante del acontecer histórico, ante los cambios experimentados por su sociedad. Sin embargo, este fenómeno no fue uniforme en tanto que había aparecido en la zona Noreste del país, extendiéndose poco a poco al Sur agrícola y a la región Oeste, dominada entonces por las típicas aldeas de vaqueros.

La ciudad era capaz de congregarse en un mismo sitio gente, recursos, oportunidades e ideas de múltiples orígenes y naturaleza. Factores como el avance tecnológico en los medios de transporte coadyuvaban al crecimiento desmesurado de las manchas urbanas, al facilitar —por medio de tranvías— el traslado de gran número de pasajeros a mayor velocidad y distancia. Además, el dinero convertido en nueva deidad por los monopolios, permitió la construcción de los primeros rascacielos como símbolo del poderío del capital.

La industrialización venía motivando el incremento de población.<sup>(5)</sup> Esto se hacía palpable en las zonas urbanas, donde la situación se tornó crítica ante el arribo de inmigrantes extranjeros,

(5) Entre 1870 y 1900 la población aumentó en un 97% debido al creciente número de inmigrantes. Faulkner, op. cit., p. 565.

de negros provenientes del Sur<sup>(6)</sup> y de campesinos empobrecidos de diversas regiones.

Cuadro 7. Crecimiento de la población urbana.<sup>(7)</sup>

Año	Población Total	Lugares de 8,000 habitantes o más		
		Población	Número de lugares	Porcentaje de la población
1790	3.929.214	131.472	6	3.3%
1800	5.308.483	210.873	6	4.0
1820	9.638.453	475.135	13	4.9
1840	17.069.453	1.453.994	44	8.5
1860	31.443.321	5.072.256	141	16.1
1880	50.155.783	11.365.698	285	22.7
1900	75.994.575	25.018.335	547	32.0

Ante esta circunstancia, la sociedad propiamente urbana de los Estados Unidos se constituyó de manera compleja y fragmentaria, basándose en diferencias de raza, etnia o clase.

La ausencia de planeación ocasionó la irregularidad de los asentamientos urbanos; cientos de familias se apiñaban en vecindades miserables, circundadas por fábricas y tabernas, mientras los niños jugaban entre el lodo, los desperdicios industriales y la basura. El agua potable era insuficiente o solía estar contaminada

(6) Como dato interesante, cabe mencionar que el número de mujeres negras superaba al de los hombres en la mayoría de los centros urbanos, pues mientras a los últimos se les rechazaba como obreros, a las mujeres se les dio cabida en las labores domésticas y de servicios debido a que por costumbre se adjudicaban a su sexo.

(7) En Faulkner, op. cit., p. 503.

por aguas negras. La vida de los habitantes de las ciudades no era fácil, sobre todo la de los obreros quienes se vieron más afectados por las condiciones insalubres de sus barrios y moradas.

Los exiguos salarios, la carestía y lo elevado de las rentas, determinaban el que grandes núcleos de población vivieran en edificios húmedos, viejos y mal ventilados que amenazaban la salud de sus inquilinos. La carencia de normas para regular la construcción de viviendas, así como de leyes sobre arrendamiento, dejaba a muchas familias a merced de los caseros. Al mismo tiempo, los que detentaban el poder económico o político gozaban de niveles de bienestar privilegiados. Las mansiones opulentas contrastaban con las barracas y casuchas, evidenciando así las contradicciones del capitalismo industrial.

Muchos fueron los que sufrieron antes de que el modelo urbano se consolidara en Norteamérica. Los inmigrantes trataron de encontrar refugio estableciéndose en vecindarios comunes, donde pudieran convivir entre paisanos o gente de las mismas creencias, pues la solidaridad era patente en las comunidades de recién llegados más que a nivel de la clase trabajadora. Sin embargo, la gran movilidad de población de una ciudad a otra —característica que aún perdura en aquel país— con el objeto de encontrar mejores oportunidades, dispersaba a gran número de inmigrantes que solían permanecer entre 5 y 10 años en cada población. Con excepción de Boston, Nueva York y otros puertos del Este en los que era posible distinguir zonas bien delimitadas en las que habitaban inmigrantes del mismo origen, en las demás ciudades la convivencia entre distintos

grupos era lo usual.

El color de su piel determinó que la experiencia de los negros en las áreas urbanas fuera la más cruel entre todas las soportadas por los demás grupos marginados. Los prejuicios y la discriminación no sólo mantenían a dicha raza en los peldaños más bajos de la escala social, sino que se le condenó a vivir en áreas restringidas similares a los ghettos. Para ello, se instituyeron asociaciones de blancos que controlaban que en sus colonias no se vendieran ni arrendaran propiedades a familias de color, encargándose por igual de intimidar, por medio de la violencia, a aquéllas que insistieran en establecerse en sus vecindarios. No obstante, como la propia Constitución de los Estados Unidos garantizaba el derecho de los ciudadanos para movilizarse de un lugar a otro, los negros vieron nuevas esperanzas cambiando constantemente de un lugar a otro. La válvula de escape seguía abierta, canalizando las tensiones y el descontento no sólo de los de color, sino de miles de explotados.

La densa población en las urbes traía como resultado la deshumanización de éstas, debido a que las relaciones personales se reducían y la clandestinidad facilitaba la prostitución, la delincuencia y la criminalidad. Entre mayor era una ciudad, más violencia se registraba.<sup>(8)</sup> La reacción que ya existía ante este problema entre los norteamericanos WASP —los cuales imputaban a los inmigrantes y a los negros la culpabilidad del fenómeno— cobró ímpetu. Los arrestos cundieron sobre ambos grupos, afectando a muchos injustamente. Asimismo, los ciudadanos fueron dependiendo cada vez

(8) En Chicago, por ejemplo, el número de homicidios ascendió de 1,266 en 1881 a 7,840 en 1898. Norton, op. cit., p. 508.

más del cuerpo policiaco para proteger sus vidas y sus pertenencias.

El aumento en el índice de criminalidad en las ciudades no hizo sino reafirmar la tradición de violencia que ya existía en los Estados Unidos. Los motines callejeros entre obreros, fuerzas públicas y mercenarios del capital, la discriminación racial y la segregación étnica de aquéllos años, ponían en entredicho los mitos de la igualdad y la libertad.

### 2.2.1. La maquinaria política urbana.

Con el súbito crecimiento de las ciudades afloraron las diferencias entre el interés social y el económico. Cada núcleo de población tenía necesidades propias que demandaban ser atendidas, ante las cuales los organismos gubernamentales actuaron sin decisión, a causa de su parcialidad en pro de los empresarios y su incapacidad organizativa.

El caos y la confusión de las instituciones oficiales tenía como fundamento la ignorancia para resolver tal cantidad de nuevos y múltiples problemas, nunca antes contemplados por las legislaciones vigentes. Esto dio paso al oportunismo político, que buscó hacerse de poder por todos los medios. Aparecieron así los "caciques urbanos"<sup>(9)</sup> que lidereaban a una o más organizaciones vecinales, las cuales abundaban generalmente entre los barrios de trabajadores.

Esta maquinaria política fue posible gracias al sustento popu-

(9) Political Bosses.

lar, la lealtad y el servicio de diversos núcleos de civiles quienes depositaban su confianza en un líder que prometía atender sus demandas. A cambio de votos electorales, los "caciques" supieron hacerse de medios para proporcionar a sus seguidores fuentes de trabajo, sistemas de drenaje y agua potable, escuelas, parques, vigilancia, alimentos para los más necesitados, etc., aliviando de manera considerable las dificultades inmediatas de muchos ciudadanos.

Lo que más agradaba a la gente común era que el boss se le parecía. Asistían juntos a eventos sociales, a los mismos bares, en fin, se podía tener con él una relación personal, imposible de conseguir con los políticos de alta estirpe como los senadores y los secretarios de Estado. El fuerte apoyo de la población a los organismos dirigidos por los "caciques urbanos", consiguió que a partir de 1880 aquéllos cristalizaran como una de las estructuras de mayor peso dentro del sistema político norteamericano.'

Para financiar sus actividades solían hacer favores a empresarios a cambio de dinero (por ej. darles contratos de construcción o concesiones para líneas de transporte); también, utilizaban la extorsión y las alianzas con los negocios ilícitos como el contrabando y el juego. A pesar de estos antecedentes, los líderes urbanos se afianzaron en el poder gracias al conocimiento que tenían de las necesidades de sus aliados y su forma de vida.

Aunque la maquinaria política de las ciudades consiguió grandes logros, hizo a un lado a inmigrantes como los italianos y los polau

cos, además de marginar a los negros y a los latinoamericanos. El individualismo de los líderes y su afán de poder eran compatibles, a fin de cuentas, con la avidez de los capitalistas por las ganancias producto de la explotación de la mano de obra.

### 2.2.2. El reformismo social.

Durante los últimos 20 años del siglo XIX, un número importante de hombres y mujeres jóvenes pertenecientes a la clase media tomaron conciencia no sólo de que la doctrina del laissez faire no respondía más a la complejidad de la sociedad urbano-industrial, sino del peligro que representaba la posible radicalización de las masas de trabajadores. Fue así como iniciaron una serie de campañas para mejorar las condiciones de vida de los sectores más desvalidos de las ciudades, sentando las bases de un movimiento que cobraría importancia nacional a principios del siglo XX: el progresismo.

Partiendo de que consideraban a las ciudades como el gran fracaso norteamericano, el ámbito de acción de los grupos reformistas fue muy variado. Unos abogaban ante los gobiernos locales para que se instituyeran normas de seguridad en la construcción de viviendas populares y para que se les dotara de servicios adecuados; otros emprendían proyectos de moralización, respaldados por las iglesias protestantes, para concientizar a los trabajadores acerca de su responsabilidad ante la sociedad y la importancia de la salvación divina; algunos más se abocaron al establecimiento de escuelas públicas destinadas a los inmigrantes y sus familias como me-

dio para conseguir su "americanización", a través de la enseñanza del idioma inglés y de los valores de la sociedad estadounidense.<sup>(10)</sup>

Quizá la experiencia más sobresaliente vivida por los reformistas fue la que imitaba el modelo del Toynbee Hall de Londres, consistente en el establecimiento de hogares comunitarios<sup>(11)</sup> en los barrios populares, en los que se ubicaron a familias de clase media junto con los obreros para que uno y otros se interrelacionaran y las diferencias de clase pudieran ser superadas. De esta manera, las oportunidades para que la clase trabajadora norteamericana se educara, conociera algo sobre la música y el arte, pudiera capacitarse y mejorar sus condiciones de existencia fueron factibles en muchos casos gracias a la labor de personas que superaron sus prejuicios sociales, contribuyendo así para que la vida en las ciudades fuera más humana. Los inconvenientes no fueron pocos, sobre todo por la desconfianza y el recelo que guardaban las mayorías respecto a la intromisión de extraños, provenientes no sólo de un nivel social ajeno al suyo sino —en el caso de los inmigrantes— de otro origen.

Surgieron así asentamientos como la South End House en Boston y la Hull House en Chicago (1887), mismos que se multiplicaron en el país de manera considerable después de 1890. Gracias a la obra de denuncia How the other half lives, escrita por el inmigrante danés Jacob Riis, que narraba la vida de los pobres en las barriadas de Nueva York, se despertó la conciencia de muchos que ignoraban la magnitud del problema y el financiamiento oficial para sol-

(10) Norton, *op. cit.*, p. 517.

(11) Settlement houses.

ventarlo comenzó a ser una realidad. (12)

Se formaron también sociedades de voluntarios que trabajaban por demandas específicas, entre las que destacó la Liga Nacional de Consumidores. (13) Su lucha giraba en torno a la defensa de la mujer obrera, exigiendo para ella mejores salarios y condiciones de trabajo, derecho de guardería para sus hijos, etc. Más adelante, su campo de actividades se extendió a la protección de los consumidores, reclamando la inspección de los negocios de comestibles para garantizar la calidad de sus mercancías.

Los grupos reformistas perseguían por igual poner un límite a la maquinaria política urbana, que parecía conminar a las clases media y alta ante el sustento popular del que gozaban los "caciques urbanos". Aún cuando el reformismo hizo valiosas e interesantes contribuciones a la sociedad estadounidense del último cuarto del siglo pasado, sus intenciones quedaban ocultas: mantener el orden establecido, renovando el idealismo norteamericano con una buena dosis de moralidad e imponiendo a las mayorías el modo de vida de la clase media. (14)

(12) Bailyn, op. cit., p. 894-895.

(13) The National Consumers League.

(14) Morrison, op. cit., p. 621.

### 2.2.3. Pobreza versus opulencia: El Darwinismo Social.<sup>(15)</sup>

"... El enorme aumento de poder productivo que ha caracterizado este siglo... no tiene la tendencia a extirpar la pobreza ... En fábricas en donde se ha alcanzado la perfección y en medio de gigantescas acumulaciones de riqueza, hay hombres que se mueren de hambre y niñitos raquíticos que maman en pechos secos ... Esta asociación entre el progreso y la pobreza es el gran enigma de nuestros tiempos".

Henry George

La concentración de la riqueza en manos de una minoría dedicada a hacer ostentación de su poder y a dilapidar los recursos producidos con el trabajo de gran parte de la población norteamericana, venía acrecentando la brecha entre ricos y pobres. Los primeros: "...Controlaron los periódicos y las revistas, subsidiaron candidatos, compraron legislaturas y aun decisiones jurídicas ... Llenaron sus casas con cuadros y tapetes del Viejo Mundo. Construyeron enormes yates, pusieron hordas de sirvientes en sus palacios y dieron fiestas que ... se parecían a las de Versalles antes de la Revolución Francesa",<sup>(16)</sup> mientras los segundos sufrían las consecuencias.

Aun cuando en el país seguían existiendo las oportunidades de trabajo, éstas se reducían considerablemente durante las depresiones económicas, afectando con mayor severidad a los trabajadores especializados, a los inmigrantes y a los negros. El problema se

(15) Un análisis detallado sobre la importancia del Darwinismo Social en la historia norteamericana lo ofrece Richard Hofstadter, Social Darwinism in American Thought, revised ed., Boston, Beacon Press, 1965.

(16) Wobison, op. cit., p. 462.

agravó conforme la industrialización desplazó a la agricultura, obligando a muchos granjeros empobrecidos a dirigirse a las ciudades, en busca de algún empleo que aliviara su crítica situación.

De cada familia de clase obrera tenían que trabajar varios miembros para apenas subsistir y conforme se edificaban inmensas factorías, nuevos edificios y establecimientos comerciales en el centro de las ciudades, las barriadas y vecindades crecían formando cinturones de miseria.

En una sociedad acostumbrada a que el interés individual prevaleciera sobre el social, la pobreza encontraba una justificación válida. El Darwinismo Social sería la doctrina ideal para demostrar que la injusticia era inevitable en toda sociedad humana. Encabezados por el profesor William Graham Sumner, los ideólogos norteamericanos del momento se dedicaron a sintetizar las ideas de Herbert Spencer, Charles Darwin y David Ricardo para fundamentar la apología del capital.

La riqueza y su contraparte fueron expuestas como manifestaciones naturales, producto de la evolución de la sociedad. La abundancia y el poder estaban destinados para los más aptos, como derechos divinos. La gente debía ser dejada en libertad para que acumulara y dispusiera de sus bienes, como única vía para comprobar su capacidad y sentido de responsabilidad. Así, los pobres patentizaban su inferioridad biológica con el fracaso económico, mientras que los magnates probaban su supremacía por medio del éxito en los negocios.

Personajes como Rockefeller, Morgan y Carnegie se asumían como los únicos seres capaces de crear abundancia para el bienestar común. Rodeados por un halo de misterio, estos hombres adquirieron el respeto de muchos de sus conciudadanos y consiguieron ejercer su voluntad por sobre la del resto de los norteamericanos, dando origen a toda una dinastía de potentados, aún vigente en nuestros días. El poder y el prestigio social gravitaban en torno a ellos, los cuales evidenciaban su sed de fortuna por medio de una filosofía que igual tomaba elementos de la historia que del derecho, la economía o la religión con la finalidad de afirmar su postura.

Así las cosas, no sólo los indigentes estaban alejados de la mano de Dios, sino también todos aquellos que siendo pequeños empresarios habían sido eliminados del mundo de los negocios, en pro de la "ley de la naturaleza", puesto que la victoria estaba destinada para los más recios. Esta ideología venía alimentando la creencia tradicional de que la miseria podía evitarse con una vida de trabajo y honradez, sumada a la suficiente fuerza de voluntad para sortear los obstáculos propios de la existencia humana.

La clase dominante, apoyada por un importante sector de la clase media y cierto sector del proletariado industrial, había logrado imponer sus valores y normas de conducta sobre el resto de la sociedad. La ayuda y el apoyo a la clase sin privilegios fueron así condicionados, de tal forma que no propiciaran que los menesterosos dependieran de la caridad pública. Los "menos capaces" fueron favorecidos con la institución de varias sociedades filantrópicas, nacidas entre 1877 y 1892, a través de las cuales los ricos

suponían cumplir con la responsabilidad moral de ayuda al prójimo. Se construyeron hospitales, escuelas, templos, orfanatorios, casas para ciegos, para enfermos mentales, etc., financiados con recursos privados, a los cuales se sumaron las donaciones del gobierno consistentes en víveres, combustible y ropa para los necesitados.

A medida que la pobreza aumentó los apoyos disminuyeron, al grado de requerirse el trabajo de los pobres en la construcción de obras públicas a cambio de asistencia social. Antes de culpar a los monopolios por la explotación y el empobrecimiento de los obreros y sus familias, se achacó a defectos personales, como el alcoholismo y la holgazanería, la causa de su pésima situación.

A pesar de la desconfianza que por lo común tenía la clase trabajadora en los intelectuales, hacia mediados de la década de los ochenta aparecieron varios que defendían la causa de las mayorías. Criticando a los monopolios por los abusos en contra de los consumidores, los recortes al salario de los obreros, la desleal competencia que eliminaba a las pequeñas empresas, la corrupción y, en síntesis, por la amenaza que representaban para la democracia, algunos hombres letrados propusieron cambios al sistema con el propósito de acabar con la iniquidad.

Henry George criticaba el elevado valor de la tierra —en especial la de las ciudades— ocasionado por el desmedido aumento de población y su consecuente necesidad de espacio para vivir y trabajar, lo que favoreció la acumulación de grandes fortunas en manos de un pequeño grupo de especuladores. Escribió la obra Progress

and Poverty (1879), en la que propone como solución a la pobreza la desaparición de una serie de impuestos, compensados con la confiscación de todas aquellas ganancias producto del agio. Aunque de corte reformista, su trabajo despertó el interés de un gran número de personas.

El novelista Edward Bellamy expuso una visión aguda y catastrófica de las diferencias entre ricos y pobres que caracterizaban a la sociedad norteamericana de aquel entonces. En el libro Looking Backward, 2000-1887, Bellamy deja ver su tendencia socialista al plantear que la única salida de los problemas del país estaba en la socialización de toda la producción y el control gubernamental sobre la distribución de ésta. Propone además la creación de un proyecto "Nacional", bautizado así por él mismo, que con base en la cooperación fraternal de todos los norteamericanos acabaría con los monopolios, la competencia, la desigualdad y la corrupción. Publicado en 1888, el texto vendió más de un millón de copias,<sup>(17)</sup> contribuyendo a la formación de diversos organismos nacionalistas y a que la sociedad civil pugnara por medidas de asistencia social.

En 1894 salió a la luz Wealth Against Commonwealth, escrita por el periodista Henry Demarest Lloyd. Su objetivo era dar a conocer cómo la Standard Oil se había convertido en monopolio, evidenciando los malos manejos de la compañía y la voracidad de John D. Rockefeller para hacerse de mayores recursos sin importar qué o quiénes se interpusieran en su camino. El ejemplo de la Standard serviría de llamada de atención ante el peligro que representaban

(17) Norton, op. cit., p. 400.

las grandes corporaciones para los norteamericanos. Como alternativa, Lloyd apoyaba también la socialización de la producción, además del establecimiento de un sistema cooperativo en todo el país.

A pesar de los variados intentos por acabar con la arbitrariedad, el propio sistema facilitaba una cierta movilidad social ascendente que palió la insatisfacción de muchos oprimidos. Renació en ellos la esperanza de que quizá, en otra ciudad o región, su suerte cambiaría. Aunque estaban conscientes de que no llegarían a millonarios, aspiraban a formar parte de los estratos medios. Convertirse en respetables comerciantes o empleados de oficina que olvidarían su origen de clase, al aliarse con los poderosos y afirmar que aquellos que permanecían en la pobreza demostraban su "incapacidad" para superarse. Lo importante era mantener la fe en un futuro mejor, puesto que en última instancia los hijos, o tal vez los nietos, serían los beneficiarios.

### 2.3. La familia, el modo de vida y los niveles de bienestar. (18)

A pesar de las transformaciones acarreadas por el proceso de industrialización, la familia continuó siendo la célula básica de la sociedad durante las cuatro últimas décadas del XIX. Adaptándose a nuevas condiciones para librar las dificultades producto de una estructura social más compleja, entre el 75 y 80% de los norteamericanos siguieron agrupándose en familias nucleares, compuestas por un matrimonio con sus respectivos hijos. La familia exten

(18) Para un análisis del proceso demográfico norteamericano en relación con factores como la organización familiar, el modo de vida y la estructura de las relaciones domésticas véase: Tamara K. Hareven y Morris A. Vinovskis, eds., Family and population in nineteenth-century America, New Jersey, Princeton University Press, 1978.

sa, que solía incluir otros parientes como los abuelos, los tíos, etc., era poco común por aquellos años.

El patrón familiar era relativamente constante entre todos los grupos sociales de los Estados Unidos, variando sólo en cuanto a los índices de fertilidad. Tanto en los inmigrantes como entre los negros y la población rural, se registraba un mayor número de hijos que los que tenían los nativos blancos habitantes de las áreas urbanas. Sin embargo, la tasa de natalidad seguía descendiendo en toda la nación, puesto que el número de hijos se redujo de 6 a 4 por pareja. Al parecer, ello se debió a que en las ciudades se venía relajando el respeto a las normas sociales y religiosas, favoreciendo la difusión de métodos anti-conceptivos principalmente entre la clase media, al mismo tiempo que la familia continuaba perdiendo su papel de productora de bienes. La población más numerosa estaba formada por jóvenes, cuya edad promedio hacia 1880 era de 21 años, sin que ello influyera en la tendencia poblacional.

Los lazos de parentesco favorecieron la solidaridad entre los miembros de la sociedad, auxiliándoles a sobrellevar las dificultades del nuevo orden económico. No obstante, la permanencia de los vástagos en el hogar se redujo a menos de 20 años, especialmente entre las familias de clase obrera y ante la necesidad de obtener un salario para subsistir. Por otro lado, la profusión de instituciones tales como las escuelas, los sindicatos, los organismos políticos y los clubes, coadyuvaron a aliviar los compromisos del núcleo familiar, puesto que convirtieron en responsabilidad social muchas de las tareas que tradicionalmente habían sido confiadas a

la familia. Si bien en forma imperceptible, la función de ésta fue variando; al ser relegada de ciertos cargos se estimulaba su desintegración, ya anunciada por los 19,633 divorcios registrados en el país durante 1880. (19)

Para el mismo año, 7 de cada 10 personas continuaban viviendo en granjas y pequeños poblados de menos de 2,500 habitantes, a pesar de la gran movilidad hacia las ciudades. La vida en aquellos lugares eran aún tranquila, girando alrededor de las instituciones tradicionales —la familia y la iglesia—.

El trabajo se limitaba a las actividades agrícolas y domésticas, mismas que solían empezar al despuntar la mañana y finalizar con la puesta del sol. Los alimentos y el vestido de las familias eran todavía elaborados con frecuencia dentro de casa. Los centros de reunión se circunscribían a la iglesia y la tienda del pueblo, siendo objeto de celebraciones especiales las ferias, las convenciones religiosas (revivals) y las campañas políticas.

Al mismo tiempo, las ciudades con más de 100,000 habitantes fueron ganando terreno. En pocos años, su importancia rebasaría al campo y su dinamismo serviría de polo de atracción para gente de todas las clases y de todos los rincones del país. Los centros urbanos, divididos en vecindarios, originaron una sociedad en la que las relaciones personales se limitaron a la familia y a los compañeros de trabajo o escuela, mientras que el templo y la tienda de la aldea cedieron su lugar a las tabernas, los callejones y los al macenes.

(19) Norton, op. cit., p. 536.

Como ya se mencionó, los medios de transporte facilitaron el traslado ágil de los ciudadanos. Aquellos de posición holgada establecían su residencia en las afueras de las urbes, mientras que los trabajadores se asentaban alrededor de las fábricas, ante la imposibilidad de sufragar los gastos del transporte. Esto, sumado a la extensión de servicios como el correo y el teléfono, aceleraron la conformación de una sociedad que prometía el acceso a una vida llena de comodidades, pero que acentuaba las diferencias entre los que tenían o no con qué pagarlas.

Quizá la aparición de las tiendas por departamentos, ocurrida a partir de 1865, ejemplifique los cambios experimentados por los estadounidenses. La exposición directa de mercancías tales como ropa, muebles y artefactos domésticos, modificaron los hábitos de una sociedad acostumbrada a comprar para satisfacer sus necesidades. El deseo de poseer una cosa tras otra creó requerimientos ficticios, fenómeno que abarcó a todas las clases sociales. Así, la habilidad del capitalismo quedaba demostrada al establecer el consumo como valor fundamental de la sociedad, pese a la consecuente agudización de las contradicciones de clase. Cadenas comerciales como Woolworth —con sucursales hoy en México y en otros países del continente americano— y Macy's, supieron sacar ventaja hasta de las celebraciones religiosas como la Navidad, puesto que aún en las granjas más recónditas se aspiraba contar con uno o varios presentes adquiridos en ellas, a través del sistema de ventas por catálogo.

No obstante la disparidad entre la élite de nuevos ricos y la

masa de desposeídos, se dio un mejoramiento en las condiciones generales de vida de los habitantes de los Estados Unidos, tangible por el incremento en los ingresos per cápita. En 1890, la clase media obtenía un promedio de 850 dólares anuales, lo que le permitía vivir en condiciones relativamente confortables. Los obreros ganaban entonces cerca de 490 dólares y los trabajadores agrícolas alrededor de 230,<sup>(20)</sup> aunque en el caso de ambos la paga variaba mucho de acuerdo por ejemplo al tipo de beneficios que les otorgaba la empresa, en el caso de los primeros, o en relación con los alimentos y el techo que solía proporcionar el patrón a los campesinos.

Los salarios eran más bajos en el Sur que en el Noreste, ya que la demanda de fuerza de trabajo para la industria superaba a la de las áreas rurales. Excepto en contadas actividades donde se requería de habilidades especiales, los inmigrantes, los negros y las mujeres obtenían menos paga que los nativos blancos a pesar de efectuar la misma labor.

Conforme los salarios aumentaban, el costo de la vida ascendió y la inflación de los periodos de crisis dañaron significativamente la economía de la clase trabajadora. Para que sus ingresos se mantuvieran, las mujeres y los niños buscaron empleo para hacerse de alguna remuneración extra, la que en determinadas circunstancias llegó a aumentar hasta en un 100% los ingresos de algunas familias. Las jóvenes solteras formaban la mayoría de las mujeres en el mercado de trabajo, mismas que solían contribuir al mantenimiento del hogar paterno. Aquellas casadas, preferían realizar labores de la-

(20) Ibidem, p. 526.

vandería, costura, cocina, etc., en sus mismas casas, antes que sa lir a las fábricas o talleres, puesto que de esa forma podían aten der el trabajo doméstico y ganar algo de dinero para apoyar la eco nomía familiar.

De esta manera, la sociedad norteamericana del periodo en cues tión aparece multiplicando los contrastes y desigualdades entre sus miembros, pero ofreciéndoles aún nuevas expectativas que, como en el caso de la difusión de la educación pública, sirvieron para incrementar la movilidad social. Los hijos de muchas familias obre ras creyeron ver en el estudio la llave del éxito por lo que, al crecer la demanda educativa, tanto la burocracia como los empleos administrativos tuvieron que expandirse, para dar cabida a mayor número de trabajadores y frenar así cualquier intento que pudiera poner en peligro al triunfante capitalismo industrial.

#### 2.4. Cultura.

La sociedad norteamericana aparecía como una gran maraña en la que era problemático identificar aquellos elementos comunes a to dos sus componentes. Distintas clases sociales, etnias y razas se relacionaban conflictivamente entre sí, mientras que el culto al hombre que triunfaba por propio esfuerzo llegó a la cúspide.

Los grupos de inmigrantes se aferraban a sus ritos religiosos, su lengua, sus hábitos y costumbres, y su organización familiar, para defender la identidad propia y resistir la "americanización". Del mismo modo, los negros, las mujeres, los indios y los trabaja-

dores pugnaban por el reconocimiento de su participación dentro de la sociedad, mientras los WASP cerraban filas para defender su supremacía. Los centros urbanos fueron así los principales testigos de la lucha por el poder, la riqueza y el status, desatada dentro de la compleja estructura social.

Como resultado de lo anterior, la colectividad norteamericana tuvo su rasgo distintivo en la pluralidad, por encima de la pretendida fusión de elementos y características de sus integrantes destacada por gran número de historiadores. Cada raza, cada etnia, cada clase, etc., aportó y conservó algo que contribuyó a enriquecer y variar el mosaico cultural, determinando por igual el curso de la historia de aquel país.

No obstante esta gran diversidad y la intransigencia al cambio de muchos de sus miembros, la relación de unos con otros y el pragmatismo norteamericano, consiguieron unificar un modelo particular para conformar un consenso a nivel nacional. Por ejemplo, el aprendizaje del inglés se fue tornando imprescindible para todos los inmigrantes, así como la conveniencia de adoptar ciertos hábitos en favor del bienestar propio, los obligó a ajustarse a lo que se fue paulatinamente definiendo como el American way of life.<sup>(21)</sup>

La inminente victoria de la sociedad de consumo fue requiriendo de una cultura de masas capaz de aglutinar a los norteamericanos. Factores como la educación, la religión, el arte y el tiempo libre servirían para ello ya que encauzaron las contradicciones de acuerdo a los lineamientos del sistema. La confrontación entre los

(21) "modo de vida norteamericano".

diversos grupos o clases sociales se atenuó, gracias a la existencia de instituciones como la escuela, la iglesia y los clubes deportivos que difundían el nacionalismo y las ventajas del orden capitalista. De esta forma, el proceso de "americanización" comenzó a ser una realidad, pese a que por lo general implicó aceptar un status inferior frente a los WASP.

#### 2.4.1. Educación.

La educación adquirió gran importancia como medio para unificar ideológicamente a los distintos grupos sociales: se impulsó la asistencia obligatoria de los niños a las escuelas; se divulgó profusamente la necesidad de que la gente se educara, contrarrestando la idea prevaleciente de que el estudio era algo improductivo;<sup>(22)</sup> se reformaron los programas universitarios para hacerlos más científicos y especializados y algunos grupos religiosos, como los católicos y los luteranos, desarrollaron sistemas de instrucción parroquial que difundían la cultura norteamericana y sus valores, propiciando la armonía de los individuos con las instituciones civiles y las costumbres del país.

En 1870 había 6,871,000 alumnos inscritos en las escuelas públicas. La educación prosperaba en todos los niveles, puesto que en 1873 se abrió el primer jardín de niños y siete años después el número de escuelas secundarias<sup>(23)</sup> aumentó hasta cerca de 800.<sup>(24)</sup>

(22) Para 1870, el porcentaje de analfabetas entre la población mayor de 10 años había disminuido al 20% Norton, op. cit., p. 543.

(23) High schools.

(24) Morison, op. cit., p. 574.

Sin embargo, prevalecía una marcada diferenciación entre las regiones Norte y Sur del país en cuanto a la difusión y desarrollo educativo. Los efectos negativos de la Guerra Civil habían arruinado el sistema de educación sureño, pues no sólo arrasaron con escuelas y maestros, sino también la nueva carga de impartir instrucción pública tanto a negros como a blancos no era factible, debido a la imposibilidad de recaudar los impuestos suficientes para sufragarla. La educación en el Sur no se recobraría plenamente sino hasta el presente siglo, en comparación con el auge que cobró en el Norte desde mediados del siglo XIX.

A la par de la revolución industrial, científica y tecnológica, los norteamericanos establecieron numerosas escuelas profesionales y vocacionales para "producir" especialistas —médicos, ingenieros, arquitectos, abogados, etc. —capaces de hacer frente a los requerimientos de la economía. La construcción de nuevas universidades se popularizó entre los filántropos del Norte. Johns Hopkins donó los recursos para la fundación de una universidad en Baltimore, misma que recibió su nombre (1874); Ezra Cornell estableció en 1888 la Universidad de Cornell; John D. Rockefeller la de Chicago en 1889, etc., mientras que otros aportaron millones de dólares para la edificación de bibliotecas (por ej. Andrew Carnegie).

La idea de que la educación era la base de un mundo próspero se extendió entre los norteamericanos. Gentes como John Dewey revolucionaron las técnicas del aprendizaje, haciendo de la escuela el principal promotor del reformismo y el instrumento para lograr una sociedad "más digna, amable y armoniosa". Así, se sentaron las

bases de la educación pública, gratuita y universal en los Estados Unidos.

#### 2.4.2. Prensa.

Por otra parte, la prensa escrita contribuyó a la formación del carácter del norteamericano de aquel período. La popularidad de los periódicos se debió en mucho a Joseph Pulitzer, un inmigrante húngaro que compró un diario neoyorquino en 1883. El World, dedicaría sus artículos al común de la gente, favoreciendo el sensacionalismo y la publicidad comercial. La combinación de estos tres factores elevaría su circulación de 15,000 a 60,000 ejemplares sólo un año después. (25)

Desgraciadamente, la falta de ética y el interés por subir las ventas centraron la atención del periodismo norteamericano en torno a la difusión de escándalos, crímenes y desastres, dando lugar a lo que conocemos como noticias "amarillistas". La veracidad y objetividad de los acontecimientos era difícil de comprobar, lo que favoreció la manipulación y confusión de los lectores. Desde entonces, este fenómeno se generalizó en los Estados Unidos, beneficiado a unos cuantos que supieron capitalizar el derecho a la información de las mayorías. (26)

(25) Maldwyn A. Jones, The Limits of Liberty. American History 1607-1980, Oxford-New York, Oxford University Press, 1983, p. 342.

(26) En este sentido, se puede observar que aunque el movimiento obrero se favoreció con la difusión de la prensa escrita, ésta tuvo un doble efecto puesto que posibilitó a los empresarios el enterarse de los fines que perseguían los obreros.

No obstante, los treinta últimos años del siglo pasado presenciaron el nacimiento de agencias noticiosas como la United Press y la Associated Press y el apoyo del gobierno federal para que tanto periódicos como revistas se distribuyeran gratuitamente en el campo, concediendo bajas tarifas postales. (27)

Los diarios publicados cerca de 1890 contenían por vez primera distintas secciones, entre las que destacaban la tira cómica, las páginas deportivas y aquéllas dedicadas a la mujer. Así, el periódico se integraba a la vida diaria, en tanto que coadyuvaba a la constitución de una sociedad que tendía a masificarse, formando parte de las comodidades cotidianas.

#### 2.4.3. Religión.

A pesar de la tendiente secularización de la sociedad, los organismos religiosos conservaron su preeminencia. El número de feligreses aumentó, a la par que se construyeron costosos templos y las ceremonias de culto continuaron abarrotadas de creyentes.

Las iglesias protestantes se alinearon en dos importantes grupos. Uno tradicional y otro liberal. El primero insistía en la interpretación literal de las Escrituras y recelaba del conocimiento científico, por lo que se oponía a la teoría evolucionista. Sus seguidores —conocidos posteriormente como fundamentalistas— abundaban en las comunidades rurales del Sur. El segundo buscaba la justificación teológica del orden establecido a través de la adaptación del Cristianismo a los supuestos del Darwinismo Social, postu

(27) Morison, op. cit., p. 571-573.

ra que fue bien acogida por los habitantes de las ciudades. (28)

Por otra parte, la aparición de nuevas corrientes en el interior del protestantismo continuó vigente. Charles Taze Russell fundó, alrededor de 1870, el grupo conocido como los Testigos de Jehová, caracterizado por su absoluto rechazo a las cuestiones "mundanas". A sus adeptos se les prohibió participar en política, cumplir el servicio militar, etc., por lo que sufrieron frecuentes persecuciones. Por lo común, se unieron a dicha secta gentes de color y población de escasos recursos de las áreas urbanas. Asimismo, en 1875 nació un movimiento religioso genuinamente norteamericano, dirigido por Mary Baker Eddy, bautizado como la Ciencia Cristiana. Logrando buena aceptación y trascendencia, ésta buscó conjugar el idealismo cristiano y las enseñanzas científicas, con el objeto de establecer un sistema único de salvación espiritual.

La influencia de los numerosos inmigrantes llegados a los Estados Unidos entre 1870 y 1900, alteró la supremacía ejercida por el protestantismo desde antaño. La migración de italianos, húngaros, polacos y checos, sumada a la población de origen irlandés, aumentaron el número de católicos, llegando a ser mayoría en lugares como Buffalo, Cleveland y Chicago. Los judíos —procedentes de Rusia a causa de las "purgas" ordenadas por el régimen zarista en 1881— también entraron en cantidades importantes al país, haciendo que la ciudad de Nueva York se transformara en una de las que albergaban mayor número de ellos en el mundo.

Con la intención de lograr aceptación dentro de la sociedad

(28) Jones, op. cit., p. 335-337.

norteamericana, tanto algunos judíos como católicos propusieron mo dificar sus ritos y creencias. Haciéndolos más flexibles y liberales, pretendían favorecer su adaptación a un nuevo ámbito social, excesivamente pragmático. Medidas como el uso del idioma inglés du rante los servicios religiosos fueron aceptadas por unos pero rechazadas por otros. Al mismo tiempo, la población nativa protestante se resistía a ver con buenos ojos a los recién llegados que profesaban otras creencias, ante lo que organizó diferentes manifestaciones para repelerlos.

En el caso de los católicos, fue difícil el tratar de uniformar sus prácticas religiosas, tanto por la oposición al cambio del ritual tradicional, como por la insistencia de los fieles en mante ner parroquias separadas, de acuerdo a la etnia a la que pertenecían. De igual modo, el desacuerdo entre los judíos sobre las reformas introducidas en su fe, provocó una escisión. Aquellos prove nientes de la Europa del Este se unieron en un grupo ortodoxo, cuyos ritos se apegaban más a la tradición antigua, mientras que el judaísmo reformista se asimiló cada vez más al "modo de vida norte americano".

#### 2.4.4. Recreación.

Entre los factores que contribuyeron a la reducción de la jornada de trabajo tanto en las ciudades como en las regiones agrícolas, destacaba la mecanización promovida por el avance tecnológico, los logros sindicales y el aumento de los empleos de oficina. Aunque no en igual proporción, los obreros, los granjeros y los miem-

bros de la clase media comenzaron a gozar de mayor número de horas para la convivencia social, el ocio y la recuperación del desgaste físico y mental producidos por el trabajo cotidiano.

La consecuencia de este fenómeno fue la diversificación de las actividades del tiempo libre, ocurrida principalmente a partir del año de 1877. A pesar de que persistía la tendencia a ocupar gran parte de ese tiempo en actos religiosos, las personas comenzaron a congregarse con mayor frecuencia en torno a instituciones de carácter deportivo o cultural para disfrutar de compañía, diversión y entretenimiento.

Así, el deporte pasó a ser en unos años el pasatiempo más popular entre todos los norteamericanos, atrayendo no sólo a participantes sino también a espectadores de distintas edades. Además, la amplia difusión hecha por la prensa de los eventos deportivos involucró a los aficionados de toda la nación entre sí. El beisbol fue el primer deporte organizado que destacó en los Estados Unidos. Desde 1845 contaba con un reglamento bien definido, mismo que comenzó a ser acatado por un gran número de clubes, hasta culminar con la fundación de la Liga Nacional de Beisbol Profesional en 1876. Cuatro años más tarde, la fama del profesionalismo en dicho deporte lo convertiría en otra mercancía. Las inmensas ganancias producto de las entradas masivas a los estadios fueron inmediatamente capitalizadas por los grandes consorcios de espectáculos.

Por otro lado, la trayectoria del futbol americano durante las últimas décadas del siglo XIX fue diferente a la del beisbol. Sien

do un deporte practicado en las universidades, sus aficionados pertenecían por lo general a la clase acomodada. Aunque su popularidad aumentó a partir de 1893, la violencia que lo caracteriza ocasionó graves controversias en el país, al grado de que se le consideró como la manifestación más clara de los defectos de la sociedad norteamericana. (29) El ciclismo fue otra de las actividades físicas que sobresalieron en el período obligando a las autoridades estatales y locales a asfaltar mayor número de caminos, ante la demanda de los pedalistas. (30) No obstante el incremento de las actividades deportivas, la discriminación sufrida por las mujeres dentro de la sociedad marginó su participación en aquéllas, siendo propias del mundo de los varones.

Con la ampliación de la red ferroviaria, las funciones circenses proliferaron en todas las regiones, llevando diversión a los ciudadanos y a los agricultores por igual. Dando origen al show norteamericano, los circos se convirtieron en empresas bien organizadas que contaban con recursos propios para transportarse, promoverse, etc. Además, se construyeron museos como el Metropolitan Museum de Nueva York (1870), teatros y salas de concierto en las grandes ciudades, que propiciaron la expresión de los sentimientos artísticos de una nación polifacética. (31) Hombres como Rockefeller, Carnegie y Morgan entre otros, financiaron por igual galerías de arte y orquestas sinfónicas. De estas últimas sobresalieron la Sinfónica de Nueva York (1878) y la Sinfónica de Boston (1881). Asimismo, los juegos de mesa como el póker y el keno se pusieron en boga,

(29) Norton, op. cit., p. 538.

(30) En 1893, los norteamericanos poseían cerca de un millón de bicicletas. Jones, op. cit., p. 335.

(31) Ibidem, p. 346.

ocupando un sitio privilegiado entre los pasatiempos de los estadu  
nidenses.

De esta forma, y mientras la minoría privilegiada disfrutaba de los torneos de golf y tennis en los recién establecidos clubes campestres o veraneaba en las elegantes mansiones de Newport, Rhode Island, la nueva administración del tiempo libre parecía comenzar a cumplir su función: encauzar la agresividad y el aburrimiento en una sociedad en conflicto permanente.

## C O N C L U S I O N E S

La acelerada industrialización de los Estados Unidos fue posible gracias a la combinación de diversos factores entre los que sobresalieron: acumulación de capital, existencia de mano de obra y recursos naturales, consolidación del mercado nacional y reafirmación de la alianza gobierno-empresarios.

La acumulación de capital estuvo promovida por la especulación y la explotación de la mano de obra. Dicho acopio de capital fue especialmente favorito en el Noreste por el impulso que la Guerra Civil y la victoria dieron a las fuerzas productivas de la región. La demanda de trabajo se elevó, aún cuando en los periodos de crisis hubo desempleo, siendo satisfecha por el ingreso de inmigrantes los cuales se establecieron en un 90% en las zonas industriales.<sup>(1)</sup> A pesar de que el territorio virgen llegaba a su fin, los Estados Unidos continuaron siendo un gran polo de atracción.

La expansión territorial hasta la costa del Pacífico diversificó e incrementó las fuentes de materias primas y la explotación agrícola intensiva garantizó el suministro de alimentos para la población. La estandarización de la red ferroviaria trajo consigo la apertura de varias líneas transcontinentales. Estas contribuyeron a la integración y consolidación de un mercado nacional. La competencia entre ellas abarató el precio de los fletes y pasajes, propiciando el intercambio comercial de las distintas regiones del

(1) Benjamin Coriat, El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa, México, Siglo XXI, 1982, p. 27.

país y su consecuente dinámica económica.

El desarrollo de la industria requirió del reordenamiento de los elementos participantes en el proceso productivo. Las relaciones entre trabajadores y patrones se tornaron impersonales y se estableció un nuevo vínculo del hombre con las máquinas, puesto que el primero se vio subordinado a éstas. El avance sustancial de la producción en serie y la necesidad de una organización racional del trabajo dieron como resultado una nueva división del mismo. La tendencia hacia la centralización de las funciones administrativas de las fábricas en un órgano especializado, regido por métodos contables científicos, preconizaba el futuro auge del taylorismo y el consecuente aumento en la eficiencia y la productividad de obreros y herramientas.

La economía del periodo 1865-1895 aparece claramente diferenciada por regiones geográficas. Así, el Noreste continuó centralizado la industria y las finanzas, el Sur la agricultura, y el Oeste la minería y la ganadería. La disponibilidad de capital, la existencia de fuentes de energía, medios de transporte y mano de obra hicieron del Noreste la zona económica de mayor importancia en cuanto al valor de la producción per cápita, al porcentaje de obreros contratados y al número y variedad de empresas industriales.

Por otra parte, el Sur se encontraba en una situación totalmente opuesta debido a la derrota en la contienda civil. En comparación con sus rivales, su población era tres veces menor, su red ferroviaria no llegaba siquiera al 50% y sus recursos bancarios al 30%. Pese a los intentos de los líderes de la región de promover un

modelo similar al del Noreste, el apego a la renta de la tierra obstaculizó la modificación a corto plazo de las condiciones socioeconómicas. Así, las escasas inversiones industriales que se registraron provenían de capitales norteños que, sobre todo en momentos de crisis, buscaban mejores oportunidades. El Sur continuó siendo una región eminentemente agrícola pero subordinada a los intereses del Norte. De esta manera, la mecanización de las tareas del campo aunada a la liberación de la mano de obra esclava fueron las promotoras inmediatas del ingreso de la comarca a la era del capitalismo industrial.

Mientras tanto, el Oeste se desarrollaba con una dinámica propia. La libertad de movimiento de sus habitantes, la abundancia de recursos naturales sujetos a explotación y sobre todo la ausencia de un severo control por parte del gobierno federal, dieron lugar al crecimiento constante de la región. De una u otra forma, los intereses del Noreste y el Oeste se combinaron en mutuo beneficio, ya que las inversiones de los monopolios ferroviarios norteños facilitaron el intercambio comercial. Las manufacturas se hicieron de mayores mercados al mismo tiempo que la producción minera, agrícola, forestal y ganadera encontró nuevos compradores. No sólo motivos económicos intervinieron para flexibilizar la actitud del gobierno con la zona. El hecho de que se mantuviera parte del territorio del país como válvula de escape para la inconformidad de muchos —pese a su considerable reducción—, mantenía vivo en la sociedad el factor esperanza, coadyuvando a mediatizar las palpables contradicciones de clase. No obstante esto, quedaba claro que la hegemonía de los norteños se imponía a la totalidad del territorio de los Estados Unidos. (2)

(2) Patricio Marcos, El sistema político de los Estados Unidos de Norteamérica, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965 (Grandes Tendencias Políticas Contemporáneas) p. 30.

La adopción de la doctrina económica del laissez faire venía aumentando la rivalidad entre los hombres de negocios. La necesidad de limitar la desmedida competencia y reunir mayores recursos para adquirir y financiar nueva maquinaria originó la aparición de los monopolios. Su gradual perfeccionamiento llevó al auge de los trusts (1887-1897), quienes al detentar el control virtual de la explotación, manufactura y comercialización de productos tales como el petróleo y el acero, situaron tanto a los productores de materias primas como a los consumidores en una posición subordinada al capital.

Los resultados de la formación de los monopolios fueron el desplazamiento de los pequeños y medianos industriales y comerciantes, la especialización de la producción industrial, la promoción de nuevas investigaciones en el campo de la ciencia y de la técnica, la reducción de los gastos administrativos y, lo más importante, el fortalecimiento de los patrones. En síntesis, el aumento sin precedentes de las ganancias por medio de la optimización de los recursos de las empresas.

Es imprescindible hacer alusión al papel determinante que jugó el poder público en relación al éxito de las corporaciones. El establecimiento de políticas bancarias, fiscales y monetarias de orden federal siguió favoreciendo la inversión privada, manteniéndose como constante histórica. La parcialidad tanto de la Suprema Corte de Justicia como de los tribunales estatales denotaba la eficacia de las extorsiones, sobornos y contubernios entre empresarios, funcionarios públicos, jueces y legisladores. De esta forma, la intervención del Estado —entendido como instrumento de dominación— en favor de los intereses de la clase capitalista, pasó a ser una

condición sine qua - non para la continuidad del sistema.

La acción de los monopolios se mantuvo sin cortapisas provocando una situación ambivalente. Por un lado, los Estados Unidos se convirtieron en potencia mundial mientras se agudizaban las contradicciones internas. La brecha entre los precios de las manufacturas y las materias primas aumentó, a la par que la opulencia de la minoría contrastaba con las precarias condiciones de vida de grandes núcleos de población. Esto trajo consigo el malestar de diversos grupos sociales, ante lo que se expidió y puso en práctica la Ley Sherman Antitrust.

Pese a que los monopolios fueron declarados ilícitos, supieron hacer uso de la indefinición de su personalidad jurídica para escudarse en la Décimocuarta Enmienda Constitucional que prohibía cualquier atentado contra los privilegios de los ciudadanos. Además, la ambigüedad legal convirtió a la ley en arma eficaz contra los sindicatos, demostrándose así el desinterés del gobierno para que cumpliera el cometido por el que fue sancionada.

El proteccionismo económico fue una de las características preponderantes del periodo. La aprobación de la Tarifa McKinley que aumentaba los derechos de importación sobre un mayor número de productos, pudo llevarse a efecto por un compromiso entre legisladores de dos bandos antagónicos. Uno que representaba los intereses del capitalismo industrial, pugnando por el aumento de los aranceles y el respaldo de la moneda en oro, y otro que hablaba en nombre del sector agrícola, sumido en el endeudamiento y que abogaba por el establecimiento de medidas inflacionarias que incluían la defensa del

patrón plata y el anti-proteccionismo. El acuerdo concertado imponía a la vez una política de elevados aranceles y una legislación sobre compras de plata. Como era de esperarse, los monopolios salieron beneficiados con la tarifa, pues elevaron los precios de sus productos libremente afectando la economía de los sectores de menor poder adquisitivo.

Las depresiones económicas que se sucedieron durante los últimos treinta años del siglo XIX patentizaron la especulación, el despilfarro, la inseguridad y la explotación de los recursos humanos y naturales del país. Acompañadas de la caída de precios, del volumen de producción y de las rentas, así como también de huelgas, quiebras y desplome de los valores de bolsa, las crisis pusieron en entredicho las ventajas del capitalismo industrial.

La composición de un cuerpo permanente de asalariados, sometidos a la explotación y realizando sus tareas en pésimas condiciones, modificó la composición de la clase obrera. Se desarrolló un creciente proletariado urbano, sujeto a una rígida disciplina de trabajo y a la pérdida del control sobre la producción. Sólo la resistencia ante dicha pérdida, así como ante los abusos de los monopolios, hicieron posible la organización de los obreros en torno a sindicatos que aglutinaban y daban cauce a sus demandas.

La difusión del sistema de fábrica y la necesidad económica aumentaron el número de obreros asalariados. El ingreso masivo al mercado de trabajo de mujeres, niños e inmigrantes ocasionó una gran competencia que abarató considerablemente las percepciones de los trabajadores y deterioró su nivel de vida, ante el avance tecnoló-

gico y la formación de un ejército industrial de reserva. El desempleo de los periodos de crisis afectó principalmente a la mano de obra calificada, propiciando la división de la clase trabajadora.

El ingreso de las mujeres a las actividades remuneradas les permitió abrirse paso en la lucha por el derecho a la participación socio-política. Ante esto, el movimiento de las sufragistas cobró ánimos al identificar sus consignas con aquellas que enarbolaban los trabajadores. Por otra parte, la fuerza de trabajo aportada por los inmigrantes fue fundamental tanto para la consolidación del modelo industrial como para la promoción de una conciencia de clase en cierto sector del proletariado. Mientras que en algunas ocasiones se les utilizó como esquirolas, en otras despertaron la inquietud de sus compañeros por encontrar soluciones radicales a los problemas, gracias al conocimiento que tenían de las doctrinas socialistas y anarquista difundidas en Europa.

La existencia de una migración interna hacia las ciudades, ocasionada por la mala situación en el campo y la liberación de los negros, agudizó el conflicto al interior del proletariado. Sin embargo, la raza de color difícilmente halló cabida en su seno debido al escaso contacto de los ex-esclavos con las máquinas y el trabajo asalariado. El mayor porcentaje de familias negras se vio obligada a vivir de la aparcería y sólo unas cuantas encontraron ubicación en el área de servicios. La esclavitud más que abolida fue desplazada a los Códigos Negros de las legislaturas estatales. Los negros continuaron en la opresión; a merced de los resentidos terratenientes su explotación se recrudeció.

El antagonismo entre el capital y el trabajo derivó en la organización de los obreros. Su concentración en las áreas urbanas permitió la interrelación, el intercambio de ideas y la solidaridad para enfrentar a los capitalistas. La mayor parte de los sindicatos de esta etapa representaban a la mano de obra calificada. Aunque el porcentaje de la fuerza de trabajo afiliada a organismos de trabajadores no excedió al 2% del total, la importancia del fenómeno estriba en que la lucha de los obreros rebasó el ámbito local ganando espacios dentro del sistema hasta convertirse en una más de sus instituciones.

La actitud de los tres sindicatos más representativos hace patente la carencia de una conciencia homogénea en la clase trabajadora. Se evidenció su fragmentación por niveles de especialización, factores étnicos y raciales, concepción organizativa y formas de protesta. Sin embargo, la tónica común entre la Unión Nacional del Trabajo, la Orden de los Caballeros del Trabajo y la Federación Americana del Trabajo fue su reformismo. La consecución de metas a corto y mediano plazo, la intención de no entrar en conflicto abierto con el capital, el antintelectualismo y la apertura hacia la clase media así lo demuestran.

No obstante esto, la escisión sufrida por los Caballeros del Trabajo y la discriminación hecha por la Federación Americana contra los obreros no calificados, permite entrever la existencia de una dicotomía en la clase obrera, cuyas contradicciones le dieron una tremenda dinámica al capital. Por un lado, aparecen los obreros reformistas, aliados del sistema, y por el otro, un proletaria-

do subyugado no sólo por los capitalistas sino por sus compañeros de clase, que pugna por su autonomía y la transformación radical del orden establecido.

En cuanto a la trascendencia histórica de la Federación Americana del Trabajo, es posible señalar que su mayor triunfo fue el de haberse afianzado como una pieza clave para el funcionamiento del capitalismo, en tanto que se convirtió en la mediadora eficaz entre la fuerza de trabajo y los patrones, en un contexto de crisis y monopolización de la economía y de una escalada represiva contra los movimientos laborales.

Los estallidos de violencia, resultado del malestar obrero, predominaron en las tres últimas décadas del siglo pasado. A pesar de la amenaza que ello representó para la estabilidad social de los Estados Unidos, los momentos difíciles fueron superados gracias a la fragmentación de la clase obrera. No obstante su insistencia por preservar la estructura y costumbres tradicionales de una sociedad pre-industrial, la consolidación del capital rebasó y envolvió en su dinámica al grueso de los estadounidenses, moldeando sus valores y personalidad. Los empresarios pudieron enfrentar a las mayorías con lujo de recursos y gracias al apoyo de un Estado protector de los intereses corporativos.

Empero, debe reconocerse que la movilidad social existente en los Estados Unidos fue otro de los factores que permeó la agudización de las contradicciones. Al permitir el ascenso escalonado de los diversos grupos, colocó a los obreros norteamericanos —nativos e inmigrantes— en ventaja respecto a la situación que guardaba la

clase obrera en otros países. Así, los Estados Unidos se perfilaron como una nación que terminaría siendo gobernada por las corporaciones y los sindicatos.

. . . . .

El ingreso masivo de extranjeros al país —5,246,513 entre 1880 y 1890— con el objeto de formar parte de las filas de trabajadores, inquietó a la fuerza de trabajo ya establecida. La presión de ésta promovió la creación de mecanismos gubernamentales para controlar y seleccionar a los inmigrantes, justificados como medidas económicas o argumentaciones racistas.

La industrialización trajo aparejada el desarrollo de los asentamientos urbanos. En ellos, las contradicciones de clase condicionaban la vida de sus habitantes. Mientras unos cuantos tenían niveles de bienestar altamente privilegiados, los sectores sociales mayoritarios se enfrascaban en una lucha por la sobrevivencia poniendo en entredicho la pregonada igualdad. Las ciudades norteamericanas crecieron a un ritmo insólito en comparación con las del resto del mundo, transformándose en fuerza dominante del acontecer histórico.

La concentración de gran número de habitantes resultó en la deshumanización de las urbes y su consiguiente problemática. Fenómenos como la delincuencia, la prostitución y la criminalidad se sumaron a la tradición de violencia ya existente en el país. La socie-

dad WASP aprovechó el momento para inculpar a negros e inmigrantes.

Los primeros se vieron confinados en ghettos. Los segundos desarrollaron una conciencia étnica a manera de mecanismo de auto-protección. Como participantes de una misma tradición cultural se consideraban autónomos e independientes. Unidos más por la religión que por la territorialidad y un habla común, pretendían diferenciar se del grupo étnico dominante y aún de otros grupos.

La carencia de la infraestructura para hacer frente a las necesidades de los ciudadanos originó una manifestación política sui - géneris. La maquinaria urbana, encabezada por líderes de barrio, surtió efecto como dispositivo de gestión entre la sociedad civil y la estructura de poder. La solución a las demandas inmediatas de la población —agua potable, escuelas, parques, drenaje, etc.— le valió a los "caciques urbanos" el consenso popular. Pese al evidente oportunismo político de sus representantes, la maquinaria urbana se afirmó como una de las estructuras de mayor peso dentro del sistema político norteamericano.

Entre las campañas más sobresalientes para impedir la unificación de la clase trabajadora destacó el reformismo social. Pese a haber hecho interesantes contribuciones para que la vida de los obreros en las ciudades fuera digna, su verdadera intención fue la de mantener el status-quo al imponer a las mayorías el modelo de vida de la clase media, haciendo acopio de idealismo y moralidad.

La riqueza y su contraparte eran mostradas como manifestacio-

nes naturales, producto de la evolución de la sociedad. Esta idea tenía como fundamento la doctrina del Darwinismo Social cuyo propósito fue probar que la injusticia era inevitable en toda sociedad.

La abundancia y el poder estaban destinados para los más aptos mientras que la miseria podía evitarse con una vida de trabajo y honradez, sumada a la suficiente fuerza de voluntad para sortear los obstáculos de la existencia humana. La élite empresarial —concreción de la personalidad artificial del capital— probaba su supremacía por medio del éxito en los negocios, asumiéndose como benefactora de los menos afortunados. Personajes como Rockefeller y Carnegie adquirieron así el respeto de muchos de sus conciudadanos, logrando ejercer su voluntad por sobre la del resto de los norteamericanos. El apoyo dado a esta minoría por la clase media y cierto sector del proletariado industrial hizo que el prestigio social gravitara en torno a ellos.

Las sociedades filantrópicas proliferaron con la supuesta intención de repartir la abundancia. Sin embargo, a medida que la pobreza aumentó los apoyos disminuyeron, pues se aducía que los mismos fomentaban la holgazanería. Antes de culpar al capital por la explotación y el empobrecimiento de los obreros y sus familias, desconociéndoles como los genuinos productores de la riqueza, se imputaba a defectos personales la causa de su desgracia.

En oposición a los contrastes sociales, la ignorancia, vulgaridad, apatía y materialismo de la época, aparecieron gentes como Henry George, Edward Bellamy y Henry Demarest Lloyd cuyos trabajos contribuyeron a la formación de una convicción pública que demandaría

al Estado protección para los sectores más débiles.

La familia nuclear continuó siendo la célula básica de la sociedad. Los lazos de parentesco sirvieron como elemento solidario para que los norteamericanos sobrellevaran las dificultades del nuevo orden económico. Se transfirió al ámbito colectivo algunas de las responsabilidades tradicionalmente asignadas a la familia —producción de bienes, educación, etc.

Los jóvenes formaban el grueso de la población del periodo —con una edad promedio de 21 años hacia 1880—, sin que ello obstruyera la baja en la tasa de natalidad propiciada por la difusión de métodos anticonceptivos y el relajamiento de las normas sociales y religiosas en los centros urbanos.

El avance tecnológico prometía el acceso a una vida llena de comodidades, modificando por igual los hábitos de consumo de los estadounidenses. Se crearon requerimientos ficticios que aumentaron la brecha entre poseedores y desposeídos. Producto de las condiciones materiales de la sociedad, la competencia y el afán de consumo ocuparon el lugar de valores tradicionales.

La heterogeneidad de la inmigración derivó en la constitución de una sociedad pluricultural con características propias, ya que todo individuo o grupo —sin importar su procedencia, raza o fe religiosa— fue objeto de presiones para que se adaptara a la supremacía WASP y su modo de vida. Este singular proceso de "americanización" contaba con una buena dosis de pragmatismo; al posibilitar la coexistencia de clases sociales antagónicas que dirimían sus conflictos por el status de las personas, su raza, etnia, religión o

sexo más que por la posición económica. Cada grupo podía conservar algún elemento que la identificara de los demás en tanto estuviera dispuesto a aceptar su inferioridad frente a la cultura dominante. Esto limitaba, por consiguiente, la democratización de la sociedad.

Las ciudades fueron así los escenarios de la lucha por el poder, la riqueza y el status, y en donde se perfilaba el nacimiento de la sociedad de masas capaz de aglutinar a los norteamericanos. La confrontación entre los diversos grupos o clases sociales fue encauzada de acuerdo a los lineamientos del sistema por factores como la educación, la religión, la prensa y el tiempo libre.

Cabe señalar que pese a la contribución de estos factores para la formación de un consenso, los contrastes y desigualdades en la sociedad norteamericana se multiplicaron, al mismo tiempo que la creación de nuevas expectativas, como incentivo a la movilidad social, eran innegables.

La formación de una sociedad industrial en los Estados Unidos prueba de manera fehaciente que la lucha de clases constituye el motor de la historia.

A P E N D I C E

Ley Sherman Antitrust  
(2 de julio de 1890)<sup>(1)</sup>

Sección 1. Todo convenio, asociado en forma de trust o de otra naturaleza, así como cualquiera confabulación por la cual se restrinja la industria o el comercio entre los diversos estados, o con naciones extranjeras, se declara, por la presente, ilegal. La persona que celebre un convenio de esa clase, o que se comprometa en tal sociedad o conjura, será considerada como reo de un delito y, al comprobarse su culpabilidad, sancionada con una multa que no deberá exceder de cinco mil dólares, o reducida a prisión por un término no mayor de un año o, en su caso, sufrirá ambos castigos a juicio del tribunal.

Sección 2. Toda persona que monopolice o trate de monopolizar, o que se asocie o confabule con cualesquiera otras, para monopolizar alguna parte de la industria o del comercio entre los diversos estados, o con naciones extranjeras, será considerada como reo de un delito y, al comprobarse su culpabilidad, sancionada con una multa que no deberá exceder de cinco mil dólares, o reducida a prisión por un término no mayor de un año o, en su caso, sufrirá ambos castigos, a juicio del tribunal.

Sección 3. Cualquier convenio, asociación en forma de trust o de otra naturaleza, así como cualquiera confabulación por la cual se restrinja la industria o el comercio en algún territorio de los

(1) En Richard B. Morris, Documentos fundamentales de la historia de los Estados Unidos de América, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1962, p. 213-215.

Estados Unidos, en el distrito de Columbia, con naciones extranjeras, o entre el distrito de Columbia y cualquier estado o estados o naciones extranjeras, se declara, por la presente, ilegal. Toda persona que celebre un convenio de esa clase o que se comprometa en tal sociedad o conjura, será considerada como reo de un delito y, al comprobarse su culpabilidad, sancionada con una multa que no deberá exceder de cinco mil dólares, o reducida a prisión por un término no mayor de un año, o en su caso, sufrirá ambos castigos, a juicio del tribunal.

Sección 4. Por la presente se extiende la competencia de los diversos tribunales de circuito de los Estados Unidos a prevenir y prohibir las violaciones que se cometan a esta ley; y los procuradores de distrito de los Estados Unidos estarán obligados a instituir en sus distritos respectivos, y bajo la dirección del Procurador General todos los procedimientos equitativos para evitar y prohibir esas violaciones...

Sección 6. Toda pertenencia que se posea en virtud de un contrato o de una sociedad, o que provenga de una confabulación (y que constituya la materia de ella), como la que se indica en la sección I de esta Ley, y que se transporte de un estado a otro, o a un país extranjero, se perderá en favor de los Estados Unidos y podrá ser secuestrada y expropiada, aplicando procedimientos semejantes a los que estipulaba la ley relativa a la pérdida legal por incumplimiento o violación de obligaciones, embargo y expropiación de artículos importados a los Estados Unidos, en desacato de la ley.

Sección 7. Cualquier persona a quien se perjudicare en sus negocios o propiedades por alguna otra, o por una compañía a causa de algo que esta ley prohíba o considere ilegal, podrá entablar un juicio respectivo ante cualquier tribunal de circuito de los Estados Unidos, en el distrito en el cual resida o se encuentre el demandado, sin tener en cuenta la cantidad que se verse y recuperará por triplicado los daños que ha sufrido, y las costas del juicio, incluyendo el pago de honorarios razonables para el abogado.

Sección 8. Que en todas las partes de esta ley en las cuales aparecen las palabras "persona" o "personas", deberá entenderse por ellas a las compañías y sociedades que funcionan, o están autorizadas, por las leyes de cualesquiera de los Estados Unidos, de los territorios, de algún estado, o por los mandamientos legales de un país extranjero.

Programa de Coxey

(1894)<sup>(1)</sup>

Programa para proporcionar mejoras públicas y empleo a los ciudadanos de los Estados Unidos.

Se establece... Que cuando un estado, territorio, condado, ayuntamiento, municipalidad, o ciudad o pueblo incorporados considere necesario hacer cualquier mejora pública, depositarán ante el secretario del Tesoro de los Estados Unidos un título<sup>(2)</sup> sobre la deuda, sin intereses a veinticinco años, que no exceda la mitad del avalúo estimado de la propiedad en dicho estado, territorio, condado, ayuntamiento, municipalidad, o ciudad o pueblo incorporados, y dicho título será retirado a una tasa de cuatro por ciento por año.

SEC. 2. Que cuando la sección precedente de esta ley haya sido cumplida, será obligatorio que el secretario del Tesoro de los Estados Unidos tenga... billetes impresos del Tesoro en denominaciones de uno, dos, cinco y diez dólares cada uno, que serán una forma de pago legal y plena para todas las deudas, públicas y privadas, al valor nominal de dicho título, y deberá entregar al dicho estado... el noventa y nueve por ciento de dichos billetes, y retener el uno por ciento para gastos de grabado e impresión de los mismos.

SEC. 3. Que después de la aprobación de este programa, será obligatorio para todo pueblo o ciudad incorporado, municipalidad, ayuntamiento, condado, estado o territorio, dar empleo a cualquier

(1) "Coxey's Program", en Henry Steele Commager, Documents of American History, 9 th.ed., New Jersey, Prentice Hall, 1973, vol. 2, p. 155.

(2) En el original, bond (N. del t.)

hombre desocupado que busque trabajo, y que el salario no sea menor de un dólar y cincuenta centavos al día para trabajo común, y de tres dólares y cincuenta centavos diarios por yuntas y trabajo, y que ocho horas diarias constituirán un día de trabajo de acuerdo a esta ley.

## 2. PROYECTO DE BUENOS CAMINO DE COXEY.

SEC. 1. Se establece... que el secretario del Tesoro de los Estados Unidos está por la presente autorizado e instruido para hacer que sean grabados e impresos ... quinientos millones de dólares de billetes del Tesoro, como forma legal de pago para todas las deudas públicas y privadas; dichas notas tendrán denominaciones de uno, dos, cinco y diez dólares y se colocarán en un fondo que será conocido como "sistema general de fondos para caminos vecinales de los Estados Unidos", y que se gastarán únicamente para dicho propósito.

SEC. 2. ... Que será deber del secretario de Guerra encargarse de la construcción del Sistema General de Caminos Vecinales de los Estados Unidos, y que dicha construcción ha de comenzar tan pronto como... dicho fondo esté disponible... momento en que será deber del secretario de Guerra inaugurar el trabajo y gastar la suma de veinte millones de dólares al mes, a prorrata con el número de millas de caminos construidos en cada estado y territorio de los Estados Unidos.

SEC. 3. ...Que todo el trabajo, excepto el del secretario de Guerra... será pagado por día, y que la tasa no será menor de un dólar y cincuenta centavos por día por trabajo común, y tres dólares y cincuenta centavos por día por yuntas y trabajo, y que ocho horas

constituirán un día de trabajo de acuerdo a las prevenciones de es  
te proyecto.

## B I B L I O G R A F Í A

- Adams, Willi Paul et al., Los Estados Unidos de América, 4a. ed., México, Siglo XXI, 1980 (Historia Universal Siglo Veintiuno, 30).
- The Annals of America, 1493-1976, Bicentennial edition, Chicago, Encyclopaedia Britannica, 1976, 25 vol.
- Baena Paz, Guillermina, Manual para elaborar trabajos de investigación documental, 2a. ed., México, Editores Mexicanos Unidos, 1982.
- Bailyn, Bernard et al., The great republic, a history of the American people, Lexington, Mass., Heath and Co., 1977.
- Berreman, Gerald D., "Social Barriers: Caste, Class and Race in cross-cultural perspective" en Papers in Anthropology (special issue honorig Morris E.), /s.l./, Opler, 1977, vol. 18, núm. 2 (in press ).
- Blum, John M. et al., The National Experience. A history of the United States, 5 th.ed., New York, Harcourt Brace Jovanovich, 1973.
- Bosch García, Carlos, La técnica de la investigación documental, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974.
- Braudel, Fernand, La Historia y las Ciencias Sociales, Madrid, Alianza Editorial, 1968 (El Libro de Bolsillo, 139).
- Cazeneuve, Jean y David Victoroff, coords., La Sociología. Ideas-Obras - Hombres, Bilbao, Ediciones Mensajero, 1974.
- Commager, Henry Steele, Documents of American History, 9th.ed., New Jersey, Prentice Hall, 1973, 2 vol.
- Coriat, Benjamin, El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa, México, Siglo XXI, 1982.
- Cosío Villegas, Daniel, "De la necesidad de estudiar a Estados Unidos", en Anglia. Anuario/Estudios Angloamericanos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, vol. 1.
- The Encyclopedia of American History: New and updated, Guilford, Conn., DPG Reference Publishing, 1981.
- Faulkner, Harold Underwood, Historia Económica de los Estados Unidos, Buenos Aires, Editorial Nova, 1956.

Flexner, Eleanor, Century of struggle: The Woman's Rights Movement in the United States, Cambridge, Mass., Belknap-Harvard University Press, 1982.

Fogel, Robert W. y Stanley L. Engerman, Tiempo en la cruz. La economía esclavista en los Estados Unidos, Madrid, Siglo XXI de España, 1981.

Fojo de Diego, Angel, Movimientos de clase en U.S.A. 1860-1980. Primera Parte: Movimientos de clase, Estado y Reconstrucción Capitalista, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (Tesis), 1981.

Hacker, Louis M., Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1942.

Hareven, Tamara K. y Maris A. Vinovskis, eds., Family and population in nineteenth-century America, New Jersey, Princeton University Press, 1978.

Higham, John, Strangers in the land: Patterns of American Nativism 1860-1925, New York, Atheneum, 1981.

Hofstadter, Richard, Social Darwinism in American Thought, revised ed., Boston, Beacon Press, 1955.

Huberman, Leo, Nosotros el pueblo. Historia de los Estados Unidos, 3a. ed., México, Editorial Nuestro Tiempo, 1984.

Jones, Maldwyn A., The Limits of Liberty. American History 1607-1980, Oxford-New York, Oxford University Press, 1983.

Kirkland, Edward Chase, Historia Económica de Estados Unidos, Trad. de Eugenio Imaz, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1947.

Link, Arthur S. et al., The American people: A history, Arlington Heights, Ill., A.H.M. Publishing Corp., 1981.

Marcos, Patricio, El sistema político de los Estados Unidos de Norteamérica, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985 (Grandes Tendencias Políticas Contemporáneas).

Mendoza, Angélica, Panorama de las ideas contemporáneas en los Estados Unidos, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

Miller, William, Historia de los Estados Unidos, México, Novaro-México, 1963.

Montaño, Ma. Cristina, "La comprensión de la historia de los Estados Unidos como un elemento esencial para la liberación nacional", en Iztapalapa. Revista de ciencias sociales y humanidades, México, 1981, Año 2, núm. 4.

Morison, Samuel Eliot et al., Breve historia de los Estados Unidos, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

Morris, Richard B., Documentos fundamentales de la historia de los Unidos de América, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1962.

North, Douglass C., Una nueva historia económica. Crecimiento y bienestar en el pasado de los Estados Unidos, Madrid, Editorial Tecnos, 1969.

Norton, Mary et al., A people and a Nation. A history of the United States, Boston, Houghton Mifflin, 1982.

Núñez, Silvia et al., "Hacia una reinterpretación de la historia norteamericana: 126 títulos en bibliotecas mexicanas", en Secuencia. Revista americana de ciencias sociales, México, 1985. núm. 2.

Polakoff, Keith Ian et al., Generations of Americans. A history of the United States, New York, St. Martin's Press, 1976.

Turner, Frederick Jackson, La frontera en la historia americana, Madrid, Editorial Castilla, 1961.

United States Department of Labor, Handbook of Facts on Women Workers, Washington, Government Printing Office, 1948 (Women's Bureau Bulletin, 225).

Wright, Louis B. et al., Breve historia de los Estados Unidos de América, ed. revisada, México, Limusa-Wiley, 1969.

Zinn, Howard, A people's history of the United States, New York, Harper Colophon Books, 1980.

Zorrilla, Luis G., Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América 1880-1958, México, Editorial Porrúa, 1965, 2 vol.